

# VIAJES DE UN ARTISTA POR LA AMÉRICA MERIDIONAL

## LOS CADUVEOS

EXPEDICIÓN AL RÍO NABILEQUE, EN LA REGIÓN DE LAS GRANDES CACERÍAS  
DE VENADOS, MATTO GROSSO (BRASIL)

POR GUIDO BOGGIANI

(MANUSCRITO DEL AUTOR PUBLICADO POR CH. LOUKOTKA Y TRADUCIDO AL CASTELLANO  
POR EL DOCTOR JUAN HELLER)

### INTRODUCCIÓN

Debemos al erudito lingüista americanista checoslovaco Ch. Loukotka el privilegio de poder publicar en esta revista un manuscrito inédito (1) del gran artista y explorador italiano Guido Boggiani.

Como es sabido, el audaz explorador del Chaco halló en estas comarcas una muerte misteriosa y fué víctima de los indios que tanto amaba y que, animados por rencores u otro motivo inexplicable, vengaron en un amigo sincero las vejaciones y crueldades acostumbradas de los colonos blancos o mestizos.

El malogrado etnógrafo dejó una cantidad de manuscritos y documentos inéditos que fueron a parar a manos del señor V. Frič, que en esa época vivía en el Chaco.

El señor Frič se llevó estos manuscritos a su patria, Checoslovaquia, donde últimamente autorizó a su amigo, el señor Loukotka, para tomar conocimiento de ellos y publicarlos.

(1) Supongo que este manuscrito no ha sido publicado, pues no lo he visto mencionado en ninguna de las bibliografías de Boggiani consultadas por mí; como los trabajos de Boggiani se hallan distribuidos en muchas revistas difíciles de consultar, sobre todo en Tucumán, no puedo asegurar que la obra que nos interesa aquí, no haya sido ya publicada en una de éstas. Consulté a este respecto a mi amigo el doctor R. Lehmann-Nitsche, cuyos conocimientos bibliográficos son vastísimos y que además se ha ocupado de las obras póstumas de Boggiani, el cual tampoco estaba informado de este segundo viaje del explorador italiano a los Caduveos.

Si por casualidad hubiese editado una obra que no fuese inédita, no lo sentiría mayormente, pues supongo que debe ser poco conocida. Ojalá que alguien hiciese una edición completa de todos los artículos dejados por el ilustre y malogrado viajero y que son hoy en día tan escasos.



El primer manuscrito inédito de Boggiani publicado por el señor Loukotka fué un importante vocabulario chamacoco, que vió la luz en los *Anales de la Sociedad Científica Argentina* (1).

Mi amigo y colega el señor Ch. Loukotka, conociendo mi simpatía por Boggiani y mi especial interés por todo lo que se refiere a la etnografía chaqueña, tuvo la amabilidad de confiarme los demás manuscritos para que los publicase en la revista que dirijo. Al encargarme de tan honrosa tarea, abrigo la esperanza de que contribuiré, en lo posible, al conocimiento de la etnografía chaqueña.

Tenía la intención de publicar esta obra en italiano. Temía, al traducirla al francés o al castellano, que se perdiese su valor literario, que iguale su interés científico. Pero estos escrúpulos se desvanecieron cuando el doctor Juan Heller se ofreció, gentilmente, para emprender la traducción de esta relación de viaje. Boggiani no podía hallar mejor intérprete que el traductor de Mantegazza, que une a un conocimiento profundo y fino de la lengua italiana un gusto y una elegancia de estilo que desmienten el clásico proverbio: *traduzione, tradizione*. Por eso es que presento al público esta obra inédita de Boggiani en un idioma extranjero, pero con la convicción de que nadie podrá echar de menos el texto original.

El manuscrito de Boggiani se halla en un cuaderno cuya primera parte (págs. 1-82) está ocupada por el diario de su viaje por Grecia, con Gabriele D'Annunzio y otros, en el *yacht* de E. Scafoglio, la *Fantasia* (2).

Según parece, el manuscrito estaba listo para la impresión, pues está escrito cuidadosa y claramente, las figuras están en su lugar, y al pie al margen de cada página se hallan las notas y las referencias. El carácter mismo del relato nos impide considerarlo como simples apuntes tomados cada día; son, por lo contrario, observaciones y notas sacadas en limpio, a lo menos lo supongo.

Conviene agregar algunas explicaciones sobre los antecedentes de este viaje.

El manuscrito inédito que publicamos lleva idéntico título de una obra anterior de Boggiani, aparecida en 1894, y que le conquistó inmediata celebridad entre los americanistas. En dicho libro, este artista de espíritu aventurero relata el viaje «comercial» que realizó, en 1892, a

(1) BOGGIANI, GUIDO, *Vocabolario dell'idioma ciamacoco*. Edizione riveduta e corretta con l'aggiunta di una tabella alfabetica dei vocaboli italiani che hanno corrispondenti ciamacoco, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, tomo CVIII, página 149 y siguientes, Buenos Aires, 1929.

(2) *Giornale di bordo della « Fantasia »*. Viaggio intorno alla Grecia. 12 Luglio-16 Settembre 1895.

En nota, bajo el título: « Sul fondo delle cose vedute in questo viaggio, Gabrielle scrisse l'azione del suo drama *La Città morta* ». Aprile 1898 (G. Boggiani).



la comarca de los indios Caduveos, del río Nabileque, para comprarles cueros de venado. Tal es, por lo menos, el fin que da Boggiani a esta excursión, cuyo relato debía resultar tan precioso para la ciencia. En realidad, Boggiani dejóse llevar por su genio artístico, por su gusto por lo pintoresco y por su amor por la observación; más que a los cueros, dispuso preferente atención a los maravillosos paisajes tropicales y a las escenas que desarrollábanse a su vista. Realizó muy malos negocios, pero sacó de esta escapada reputación de excelente etnógrafo, de lingüista distinguido y de literato agradable y ameno. Al fin de cuentas, no perdió en el cambio.

Como el relato que va a leerse no es sino una continuación del que escribió con motivo de su viaje de 1892 y, en cierto modo, un complemento de las observaciones que entonces realizó entre los mismos indios y en la misma región, considero útil resumir brevemente aquella expedición tal como nos la dió a conocer.

Boggiani, establecido como colono sobre el alto Paraguay, partió el 14 de enero de 1892, desde Puerto Deseado, en busca de cueros de venado, a la región de los Caduveos. Durante dos días descendió por tierra las márgenes del río Paraguay, buscando un lugar favorable para la fundación de un nuevo establecimiento que llamó Puerto Esperanza.

Embarcóse después en una piragua y fué por agua hasta El Retiro, antiguo pueblo caduveo sobre el río Nabileque. De allí continuó su viaje por tierra hasta *Nalicche* al que llegó el 26 de enero. Permaneció allí hasta el 31 de marzo, no sin haber realizado también una excursión de dos días (24 al 27 de marzo) hasta Alegría, al sur de *Nalicche* y más allá del río Aquidaban, visitando una aldea de Terénos (indios Arawak).

Boggiani llevó por compañeros de viaje a dos Chamacocos, Felipe y Sabino. Este último, esclavo de los Caduveos, era hechicero.

Como la estación no era propicia para la caza, Boggiani realizó un mal negocio; y cuando abandonó a los indios, éstos le debían muchos cueros pagados por adelantado.

Boggiani regresó por corto tiempo a Italia, donde publicó el relato de su excursión y los croquis que había tomado en sus horas de descanso (1). Al tomar sus notas, Boggiani no perseguía un fin científico, y él mismo habríase sorprendido, tal vez, si entonces se le hubiera dicho que las observaciones que consignaba determinarían su carrera científica y contribuirían a colocarlo entre el número de los mejores etnógrafos de Sur América.

(1) BOGGIANI (GUIDO), *I Caduvei (Mbayá o Guaycurú). Viaggi d'un artista nell' America Meridionale*, con prefazione ed uno studio storico ed etnografico del dottore G. A. Colini. Roma, 1895. (Pubblicato col concorso della Società Geografica Italiana di Roma.)



El libro de Boggiani tuvo un éxito grande y merecido. Su estilo es encantador, claro y fluído; abundan las observaciones pintorescas, y los acontecimientos más insignificantes están contados con sencillez y gracia. No hay asomo de esa fatigosa charla de ciertos viajeros meridionales que sólo piensan en deslumbrar con el relato de sus fatigas y con grandilocuentes prosopopeyas sobre la civilización, el progreso y la barbarie. Pocas relaciones de viaje dan, como ésta, la impresión de la verdad, y puedo asegurar, por haber vivido en el Chaco, que conozco pocas obras que expresen tan bien el ambiente de la vida indígena y la monótona existencia del viajero.

Uno de los rasgos más simpáticos de este relato, así como del que ahora publicamos, es la amplitud de espíritu inteligente y humanitario que el autor demuestra para con sus amigos indígenas. En ninguna otra parte se revelan mejor sus aptitudes de observador y de psicólogo. Como todos los que se acercaron a los indígenas sin estúpidos prejuicios, Boggiani los ha amado y comprendido, sin tener para sus «extravagancias» más que palabras de indulgencia y de bondad.

Estos sentimientos, tan raros, le honran muchísimo y han sido, sin duda alguna, una de las causas de su éxito como etnógrafo y lingüista.

Desde el punto de vista científico, muchas de las páginas del libro de Boggiani fueron una revelación: sus dibujos nos dieron a conocer el arte de los Caduveos, que se manifiesta en la decoración de su cerámica, como en las pinturas con que estos indios se cubren el cuerpo.

Sus descripciones nos dan un resumen de sus costumbres, de sus usos y de su psicología. Gracias a este diario de viaje penetramos en la vida cotidiana de estos indios y participamos en las mil ocupaciones y preocupaciones que forman la trama de su existencia.

Las cualidades de la obra inédita que nos da a conocer la traducción del doctor Heller, son las mismas que las del libro del cual aquélla es un complemento. Sin embargo, la parte etnográfica es menos extensa y las noticias nuevas sobre los Caduveos son menores que las precedentes. Esto no debe asombrarnos. En su relato anterior, Boggiani había agotado la materia y no encontró si no muy pocas cosas que agregar a lo dicho anteriormente. Esta constatación no debe hacernos menospreciar esta nueva contribución a la etnografía del Chaco. El aporte lingüístico de estas notas es considerable; los dibujos, aunque pocos, interesantes, y las observaciones que hace Boggiani sobre el país y sus habitantes, conservarán siempre el valor de documentos. Además, este relato que el autor pensaba publicar, si su muerte no se hubiese anticipado, debía serlo de cualquier manera. Consideramos como un suceso feliz para esta revista cumplir con este deber, y esperamos que los manuscritos póstumos de Boggiani suscitarán en Italia el mismo eco que la aparición de



sus fotografías de indios, emprendida después de su muerte por el profesor R. Lehmann-Nitsche, del Museo de La Plata (1).

En la obra que publicamos aquí, Boggiani alude a cada rato a las fotografías que sacó durante su expedición, y al revelarlas se felicita de su éxito. No sé si las fotografías que Boggiani tomó en este viaje han sido publicadas por R. Lehmann-Nitsche (2), pero puedo afirmar que he visto en la casa del señor Frič, en Praga, una espléndida colección de fotografías y placas que pertenecieron a Boggiani. El señor Frič me aseguró que eran inéditas, pero pedía por ellas un precio fuera de mi alcance.

Hemos precedido estas páginas póstumas con la traducción de un poema de *Las alabanzas del Cielo, del Mar, de la Tierra y de los Héroes*, que Gabriel D'Annunzio consagró a su amigo Guido Boggiani. Pocos hombres pueden vanagloriarse de haber sido cantados por tal poeta, y Boggiani, cuya breve existencia estuvo consagrada a la ciencia, al arte y a las exploraciones, mereció este homenaje magnífico. Agradezco al doctor Juan Heller, que se ha servido darnos la primicia de esta traducción que le honra.

No dudo que este manuscrito de Boggiani será bien acogido en la Argentina y en el Paraguay, donde este hombre vivió contando con muchos amigos. En la Argentina mantuvo relaciones con Samuel Lafone-Quevedo, a quien debemos el conocimiento de un gran número de obras inéditas sobre el Chaco, y no dudo que, si él viviera, se regocijaría de ver publicados los documentos dejados por su amigo.

Hace poco tiempo, el Paraguay ha rendido homenaje a la memoria del hombre que hizo conocer su etnografía (3), y acogerá seguramente con placer estas páginas que completan la obra de Boggiani, el heroico servidor de la ciencia de aquel país. Espero también que el Brasil, cuyos indígenas describió, se interesará por esta contribución al estudio de su suelo.

Quisiera, al terminar, hacer votos por que aquellos que desearan honrar la memoria de Guido Boggiani, pensaran en reeditar sus trabajos publicados en revistas que es imposible conseguir hoy en día, antes que vanos discursos que no tienen sino un momentáneo interés. ¿Qué otro mejor homenaje puede rendirse a este artista y a este sabio, si no volver acce-

(1) LEHMANN-NITSCHKE, ROBERT, *La colección Boggiani de tipos indígenas de Suramérica central*, Buenos Aires, 1904. 100 fotografías de indios clasificados por grupos, con un suplemento de 14 fotografías especiales.

(2) LEHMANN-NITSCHKE, ROBERT, *Demonstration der Sammlung Boggiani von Indianertypen aus den zentralen Südamerika*. *Zeitschrift für Ethnologie*. Heft 6, pp. 882-885, Berlin, 1906.

(3) DÍAZ PÉREZ (VIRIATO), *Coronario de Guido Boggiani*, en *Revista Paraguaya*. Asunción, año II, n<sup>os</sup> 3-4, 1926, pp. 103-171.



sibles a todos los hombres de ciencia las obras que las circunstancias le obligaron a dispersar por todas partes?

Desearía también que el ejemplo de Boggiani fuera seguido. Después de su muerte no han aparecido si no muy pocos trabajos consagrados al Chaco paraguayo y brasileño, y aun es bien poco lo que ellos aportaron. Puede decirse que, en la hora actual, el conocimiento de la etnografía de esas regiones no ha dado un paso después de la muerte de Boggiani.

La obra de Boggiani, por excelente que sea, está incompleta, y es tiempo de terminarla antes que el último indio haya desaparecido.

¿Por qué alguien no ensaya su suerte y hace este servicio a la ciencia y a su patria?

A. MÉTRAUX.

## EL ULISIDA

Estábamos reunidos a popa, en silencio. Y uno, de frente obstinada y silencioso, consagrado estaba a muerte precoz, más querido que otro alguno, a morir joven en la empresa a la que habíase consagrado con alma infrangible. Más que ningún otro vive fuertemente en mi memoria y aún le veo cerca de la rueda del timón, erguido sobre sus ágiles piernas de corredor de largo estadio, escrutar con ojos clarísimos el surco.

Era, en verdad, el más pálido de entre todos los compañeros. Casi exangüe era su rostro, pero sus rubios cabellos surgían sin blandicia sobre la armazón robusta de la frente nacida para chocar contra el impedimento; virtuoso relieve sobre los ojos clarísimos tenía el arco de las cejas; sobria la boca y limpio el discurso; ágil el cuello pero tan firme la nuca que la comparé a la cerviz de Hércules que entre la bella Hespéride y Atlanta, sostiene el Éter en la métopa de Olimpia (él sonrióse) pero dominábala ciertamente la imagen inmensa de un cielo.

Había visto brillar nuevas estrellas en un cielo combado sobre selvas más vastas que toda la Hélade, sobre ríos más anchos que los Helespontos y los Euripos, en el Continente Austral, entre sombrías e incógnitas estirpes ligadas a la envoltura terrestre como los dioses primitivos de la Hélade aún mezclados a los elementos del Cosmos. Había conducido sobre las nocturnas corrientes la espaciosa balza llena de troncos centenarios y mirado el infinito volumen de las aguas palpitante de astros como un cielo regadizo y surgir el alba desde silencios tan profundos como para un día eterno.

Era un Ulisida. Perpetuo deseo de tierra incógnita le fatigaba el corazón, deseo de vagar siempre por más grandes espacios, de cumplir nuevas experiencias de gentes, de peligros y olores terrestres. Como las esclavas de Bitinia y de Frigia traían al lecho corintio el indeleble aroma



nativo, así olían en su alma, voluptuosamente, sus patrias remotas. Sonreía frente al olivo de Atenas pensando en la desmesurada fronda opulenta de flores, de frutos y plumas que no superan las joyas de Circe.

El Iliso y el Cefiso, pedregosos arroyos parecíanle que salva el salto de un hombre; el Himeto un enjambre pendiente, un templo de largo tímpano, sin intercolumnio, el Pentélico; toda el Ática encerrada en el áureo cinto de Afrodita. ¡Oh! dulce compañero, ebrio y loco de inmensidad, te veo alerta de nuevo sobre el puente, el primero en despertar y en las abluciones matinales, vigilante siempre como el gallo y operante siempre, Ulisida! Veo tu pie descalzo de ancha y sólida planta, de pulgar masculino y divergente, pie corredor en largo estadio; oh Ulisida!

Eras el más sobrio y el más casto; si el compañero sentía sed, tú contento no bebías para que aquel bebiese. Y en los caminos polvorientos, por las cuestas difíciles, cargabas con el estorbo de los pesos sin cambiar el paso expedito, porque tu hermoso cuerpo era inmune a la mísera pringue como las áridas espigas de tu dorada cabeza que jamás se inclinó. ¡Ulisida! Atento fuiste siempre a la disciplina, aun en los placeres fugaces, en aprender, en ser industrioso tú solo como varios hombres juntos, y sabías aparejar tu alimento y remendar tu vestido y la vela, ¡Ulisida!

Compañero querido, que jamás me fuiste gravoso, que jamás atajaste con tu sombra mi sol, ya no más, sentado sobre un manojo de cuerdas cercano al timón, te leeré otra vez la aventura del Rey de las Tempestades, Odiseo, que después de nueve días borrascosos abordó a la tierra de los que comen el loto y que hace olvidar el regreso a quienes prueban su dulzura. ¡Ay, olvidaste el retorno también, mas no por causa de la suave flor, y ya nunca volverás con tu paso firme y ligero hacia nosotros que te aguardamos tan largamente y esperábamos oír tu límpida voz contar la conquista lejana!

Bajo la clava del salvaje bandido caíste sin vengadores en la húmeda sombra, mientras como esbelto despreciador de armaduras y de escoltas, con silencioso ardimiento penetrabas en la selva letal, obedeciendo al hado que te empujaba sin tregua más allá, en lo nuevo. Inclinado, caíste; y tu óptima sangre, la sangre de tu cabeza, bañó las hierbas y las flores de la tierra más allá de la huella que habías estampado con tu pie veloz, y aun sucumbiendo fuiste siempre más lejos: tu cuerpo, en el que apagábase el esforzado vigor latino, mereció ocupar un palmo de tierra ignota. ¡Oh Ulisida!

¡Gloria a tí! Si mi canto no muere, serás recordado entre la gente itálica. ¡Gloria a tí! (1)

(1) GABRIELE D'ANNUNZIO, *Laudi del cielo, del mare, della terra e degli eroi*, volume I, Fratelli Treves, Milano, 1903.



## PREÁMBULO

Esta es otra navegación, pero muy distinta de aquella cuyo diario está contenido en las páginas que preceden.

Como literatos y artistas, navegamos entonces alrededor de Grecia, en un *yacht* elegante, empujado por los vientos y del que descendíamos para admirar lugares y monumentos que la historia hizo famosos. Y surcábamos aguas profundas, azules, ora plácidas como aceite, ora violentamente agitadas por la tramontana del Egeo. Ahora navegamos en aguas menos profundas y azules; y en cambio de los del norte, los vientos fríos y procelosos del sur nos sacuden tan violentamente que ponen en peligro nuestra embarcación y nuestra vida. Ellas corren más o menos rápidamente hacia el mar. ¡Oh, cuán lejano es el camino y la amplia vía hacia nuestra Italia, aún más lejana que el mar! Y nuestra nave no es más que una vieja canoa, al extremo de su vida, que mueven dos largos remos y tres pagayas. Antes, fueron ocho diestros y robustos marineros los que manejaron las alas blancas y enormes de *La Fantasía* y su inmenso cordaje, que invocaban de vez en cuando, en el dulce dialecto napolitano, a la Madonna de Pompeya o a San Genaro, o blasfemaban, según la necesidad. Ahora, son cinco nativos del bosque, de áspero lenguaje incomprensible, primitivamente vestidos, desgastados y sin entusiasmo, y nuestra vela no es si no un trozo de tela rectangular que no sirve si no cuando el viento nos llega de atrás y cuando las vueltas del río lo permiten. Antes, el límite de las aguas era el horizonte o las marmóreas montañas amadas por los poetas y los dioses de la antigua Grecia. Ahora, aunque se extienden como un mar por sobre toda la región circundante, están limitadas por largas filas de palmeras cercanas, por selvas insondables, o permanecen cubiertas por las altas hierbas de las praderas que inundaron, o aparecen algunas cimas de azules montañas cubiertas de selva espesa y únicamente habitadas por las fieras y el silencio. Y si abandonábamos el lecho pleno del río, corríamos cuando gozábamos de buen viento, o remando fatigosamente cuando nos faltaba o nos era adverso, a traviesa de las inmensas praderas en las cuales falta el agua a menudo; debíamos descender y empujar a brazo la pesada canoa para vencer el obstáculo y seguir adelante. Allí donde descendíamos para descansar y preparar nuestro frugal alimento, anidaban jaguares, serpientes, escolopendras, escorpiones, y en las aguas, entre la plantas acuáticas, ocultábanse cocodrilos, mientras en los árboles cacareaba la pava del monte o escondíanse los grandes patos que frecuentemente nos sirvieron para saciar el hambre. En Grecia tuvimos las azucaradas uvas de Corinto, melones succulentos y los sabrosos tomates de Nauplia



que encantaron nuestro paladar; aquí, únicamente el fruto del *cocos yatais* y sus duras semillas, insuficiente para saciar nuestra necesidad vegetal.

Aquel viaje ha sido hecho antes por otros y descrito por muchísimos escritores y viajeros. Este mío, en cambio, es un viaje que puede llamarse de descubrimiento, porque esta región no ha sido recorrida más que por los nativos o por los campesinos de las *fazendas* cercanas, ignorantes como los nativos e incapaces de describir lo que han visto, ni de dar sobre ello indicaciones precisas.

Quedaba por resolver una cuestión dudosa y bastante interesante, a saber: si el río Nabileque, cuyo curso inferior recorrí durante mi primera expedición a los Caduveos (1892) fuese un verdadero río o un simple brazo del río Paraguay. Había al respecto noticias contradictorias, favorables unas, contrarias las otras, a las dos respectivas soluciones. Bourgade La Dardye (ver *El Paraguay*, París) afirmó, basado en opiniones de terceros, que el Nabileque era un simple brazo del río Paraguay; pero, como otros me dijeron lo contrario y habiendo observado personalmente la diferencia que existe entre las aguas del río Paraguay y las de aquél, creí poder contradecir la aserción de Bougarde La Dardye, tanto más cuanto que en sus descripciones geográficas este autor no brilla por su justa exactitud.

Hoy que he visto las propias cosas en su lugar, mi opinión ha cambiado algo, si no completamente, y creo que el Nabileque ha sido el antiguo lecho del río Paraguay, en todo o en parte; y que hoy, en tiempo de crecida, es un brazo que, entrando un poco más abajo del Morro do Conselho, va a salir un par de leguas más al norte de Fuerte Olimpo; pero creo también que, en tiempo de bajante, su curso se interrumpe en largos trechos sin agua en la región media y en la superior, mientras continúa con agua corriente y relativamente abundante, en la mitad inferior; agua que proviene, no del río Paraguay sino de las montañas circundantes y altiplanos occidentales de Miranda, lo que le convierte en un verdadero río independiente pero tributario del río Paraguay, lo que he confirmado, tanto con mis observaciones, como por los asertos de los nativos y prácticos de la región.

Dice Bourgarde La Dardye que, en tiempo de la guerra del Paraguay, algunos Caduveos aliados del Brasil, pasando por el río Nabileque, pudieron llegar a Coimbra desde Fuerte Olimpo antes que las naves de guerra de López que subían por el río Paraguay y llevar a tiempo la noticia para que los brasileños se prepararan y no fueran sorprendidos por el enemigo. No dudo que los Caduveos, en algunas de sus ligeras embarcaciones, pudieran llegar a Coimbra antes que las naves de López. Pero observo dos cosas: primero, que aquél debió ser año de crecientes o que, por lo menos, eran los meses de lluvia en los que estos campos



suelen inundarse, y segundo, que llegados indudablemente a un cierto punto en que el Nabileque aproximase mucho a Coimbra, debieron abandonar su curso cortando a través de las praderas inundadas, pues de otro modo habrían debido seguir todo el curso y salir a desembocar en el río Paraguay, tanto más arriba de Coimbra, que sin duda no habrían podido llevar la noticia del avance enemigo, lo que también hubieran podido hacer perfectamente si el Nabileque no hubiese sido un brazo del río Paraguay, y acaso también sin necesidad de seguir su curso, pasando a través de las praderas inundadas, dirigiéndose en línea recta a Coimbra.

Como la vez primera, el principal objeto de esta expedición era la compra de pieles de venado y algunas otras cosas de valor y, en segundo lugar, el de ver algunas tierras muy alabadas como hermosísimas y aptas para establecer una *fazenda*. En cuanto a mí, llevaba como principal objeto : resolver el problema geográfico enunciado respecto del curso del río; pasar otra vez un tiempo entre los Caduveos con fines etnológicos; obtener fotografías de tipos, cosas y aspectos del país; recoger materiales sobre su arte ornamental y su lengua; adquirir objetos etnográficos; y, por último, recoger insectos para mi amigo Gestro, del Museo Cívico de Historia Natural de Génova, para todo lo cual llevé papel, lápiz, plumas y tinta, una gran máquina fotográfica con 24 placas de 18 X 24 y 30 de 13 X 18, y varios tubos con alcohol. Los resultados de la expedición irán al final.

Debí partir solo en mi vieja canoa, guiado por tres jóvenes esclavos de los Caduveos, conocedores del camino y que Capitansiño y Juansiño habían dejado con ese objeto en Puerto 14 de Mayo la última vez que vinieron a visitarme. Además, un par de Chamacocos de refuerzo para remos y la pala. Dos días antes, un brasileño, Dormeville Benavides, cazador consumado y hombre práctico en viajes semejantes, me pidió que le llevara, deseoso de visitar a los Caduveos con los que mantenía desde hacía tiempo buenas relaciones. Se lo permití, como también a un Chamacoco caduveizado, pensando que me serían útiles, como efectivamente lo fueron.

A última hora, en la víspera de la partida del vapor *Ladario*, del Lloyd Brasileño, llegaron a Puerto 14 de Mayo tres ingleses desconocidos para mí, con un pequeño *cutter* a vela y abundantemente provistos para una expedición de caza y de deporte, con destino a Corumbá u otro punto cualquiera apropiado para ese objeto y a los que un amigo nuestro aconsejó venirse con nosotros, en la seguridad de encontrar lo que buscaban mejor que en otro punto.

Les propuse que me acompañaran en la expedición y como aceptaron de inmediato, comenzamos los preparativos de prisa.

Habíamos proyectado un viaje de quince a veinte días de duración.



El programa era llegar al campamento de los Caduveos sobre el río Nabileque entrando por el riacho *Alè'ccan-aggiáccol* (este es el nombre caduveo, y creo que es el río Mamboy que mencionan algunos mapas), y aprovechando la inundación del río Paraguay, llegar más pronto a destino cortando por las praderas inundadas cuando nos fuese posible hacerlo. Según los prácticos y las noticias de fuente caduvea, llegaríamos en tres días a destino. Allí permaneceríamos una decena de días, y mientras yo cumplía mi objeto, los ingleses se entregarían a las delicias de la caza a la que la región se presta admirablemente; después regresaríamos por la misma vía o por otra que reputáramos mejor.

Componían la gente de mi expedición, los siguientes:

Dormeville Benavides, brasileño;

*Nattopé, l'ra*, chamacoco caduveizado, esclavo;

*Mané*, chamacoco caduveizado, esclavo;

*Niüáccigo*, chamacoco caduveizado, esclavo;

*Nippána* (alias José), Chamacoco caduveizado, libre;

*Lopulè'i* (alias Trompa), Chamacoco;

*Náuja* (alias Brasileiro, por causa de su piel muy oscura), chamacoco.

La gente del *Cangrejo*, nombre que llevaba el *cutter* de los ingleses, *yacht* perteneciente al Paraná Yacht Club de Rosario de Santa Fe (Rep. Argentina), la componían:

Mr. J. W. Dalley;

Mr. Jorge W. Anderson;

Mr. Johnson;

Miguel López, que también llamábase Timoteo Blanco (nombre con que fué inscrito en el libro de bordo porque ignorábase todavía el verdadero al partir del Rosario, y se continuó llamándole Miguel), marinero, cazador y criado.

## I

### El riacho *Alè'ccan-agjiáccol*

Martes 12 de julio de 1897.

Partimos a las 11,45 horas. Después de descender rápidamente por el río más o menos un kilómetro, me apercibí de haber olvidado una de las cosas más necesarias ¡el mosquitero! Únicamente quien ha vivido por estas regiones y conoce el tormento de los mosquitos puede apreciar en su justo valor la utilidad de este adminículo, especialmente en un viaje como el que habíamos iniciado.

¡Media vuelta! Cualquiera otra cosa me habría sido indiferente; ésta



no. Apenas dirigimos la proa hacia Puerto 14 de Mayo, vimos que venía hacia nosotros un Caduveo a toda fuerza de su pala. En tierra habíanse apercibido simultáneamente de mi olvido y lo subsanaban. Ya con el precioso objeto a bordo, emprendimos de nuevo el camino hacia el sur. Debíamos bajar un poco por el río Paraguay hasta la embocadura de un riacho que los Caduveos llaman *Allè'ccan-aggiáccol*, y que otros, con vocablo portugués, denominan riacho *Argolla* (argolla), y que debe ser el río Mamboy de los mapas geográficos (ver Bougarde La Dardye, *El Paraguay*, mapa anexo). Su embocadura encuéntrase sobre la orilla oriental del río Paraguay, más o menos a diez kilómetros más abajo de Puerto 14 de Mayo, más allá de Puerto Esperanza, cerca de la isla que comienza a unos centenares de metros al sur de este último puerto. Los prácticos de los vapores que navegan el gran río llaman a esta isla *Cabeza de Buey*.

Mientras nuestra pesada embarcación avanza, empujada por mis vigorosos marineros (!?) algo contrariados por una brisa sur, por suerte de poca fuerza, el *Cangrejo* bordea con todas sus velas desplegadas, pero sigue detrás.

Estamos en el riacho que en su embocadura tendrá como una docena de metros de ancho y mucha profundidad de aguas, el que se dirige: primeramente, y con muchos rodeos, hacia el noreste; después, más decididamente hacia el norte, paralelo al río Paraguay y a corta distancia de él. El *Allè'ccan-aggiáccol* es una rama del río Nabileque. Sus aguas tienen el mismo color oscuro, tan diferente de las del Paraguay y tiene leve corriente cuando este último está aún crecido. Las praderas que se extienden a uno y otro lado, están completamente inundadas por las aguas y a lo que parece, no encontraremos tierra antes de mañana o más después. Estas praderas extensísimas están interrumpidas y limitadas, en esta parte del territorio próxima al río Paraguay, por grandes bosques de palmas que, de trecho en trecho, lame y baña el riacho con la extensa curva de sus giros. Más escasas, por ahora, son otras clases de plantas, pues la palma (*Còpernica Cerifera*) predomina en toda la región.

Después de una vuelta al norte, el río se ensancha de improviso hasta sesenta metros, después de haber dejado a su derecha un pequeño afluente o derivación, de esto no estoy seguro, que dirigese al sur-sureste.

A las 16,15 horas hacemos alto en un bosquecillo de palmas y de euforbias candelabros, para comer y pasar la noche en un pedazo de tierra seca. Inmediatamente encontramos huellas de un jaguar hembra con dos cachorros. Estaban dando el último bocado a una pestilente cabeza de *carpincho* (*Sus hydrochaerus*, o *capibara*) reducida casi a los huesos; huyeron al aproximarnos. Seguimos sus huellas hasta el agua, inútilmente.

Mientras navegamos, tengo la brújula por delante y voy siguiendo diligente el curso del riacho y calculando proporcionalmente a ojo las distancias. De esta manera, al final del viaje prodré construir un mapa



bastante exacto del curso del *Al'ccan-agiáccol* y de aquella parte del río Nabileque que recorreremos. Para establecer algunos puntos, bastará tomar las direcciones en que respectivamente se encuentren situadas algunas montañas que vemos aparecer en el horizonte a medida que avanzamos.

Miércoles 14 de julio.

Fiesta nacional en Francia. Hemos oído tronar el cañón, pero no es el de los fuertes de París. Los tiros son del Fuerte de Coimbra, distante algunas leguas al norte. Son salvas en honor de la Santa Virgen protectora del fuerte, cuya fiesta se celebra hoy. Dormeville me da esta explicación. Sondeo el río, que nos da cerca de cuatro metros y medio de profundidad a ocho metros, más o menos, de la orilla. Partimos a las 6,40 horas. Durante la noche, en la corteza de una euforbia seca recogí algunos insectos.

Observo que las palmas, especialmente las próximas a la orilla, están magníficamente provistas de hojas. Evidentemente son una variedad del género. El ancho medio del riacho es como de 40 metros. Sigue dirección norte a poca distancia y siempre paralelo al río Paraguay. Siempre sigue muy ancho; en algunos puntos sobrepasa los 60 metros. La corriente es lenta.

Mato dos *hoccós* y dos cocodrilos, uno de los cuales grandísimo. Mis marineros están de fiesta por el abundante alimento que les espera.

A las 11 horas, sobre un pedazo de tierra que las aguas no han inundado todavía, nos detenemos para comer. Mientras se aderezan las viandas aprovecho para coger insectos que sobre un viejo tronco de árbol podrido encuentro en cierta abundancia. Cojo también un saurio.

Tomo una vista fotográfica del riacho con el *Cangrejo* anclado y hago secar una placa de  $13 \times 18$  como diversión.

Partimos a las 12,30 horas. Calma de viento y sol fuerte. Llegados al punto  $\frac{1}{1}$  (ver fig. 1) donde el río da una vuelta brusca, un gran camalote nos obstruye completamente todo el ancho del curso. Imposible atravesarlo. Afortunadamente, nos ayuda la inundación y retrocediendo algunas decenas de metros, nos ponemos resueltamente a atravesar el palmar y conseguimos salir a las aguas libres del riacho, más arriba del obstáculo. Como la corriente es débil y el viento norte frecuente, el camalote ha quedado allí encajado sin poder moverse ni para adelante ni para atrás. Si al regresar tuviéramos que pasar por aquí y las aguas hubieran disminuido un poco, encontraremos no escasas dificultades para superar el obstáculo.

Continuamos navegando en aguas muy amplias y libres, hasta una vuelta del riacho hacia el oeste. Los campos circundantes comienzan a



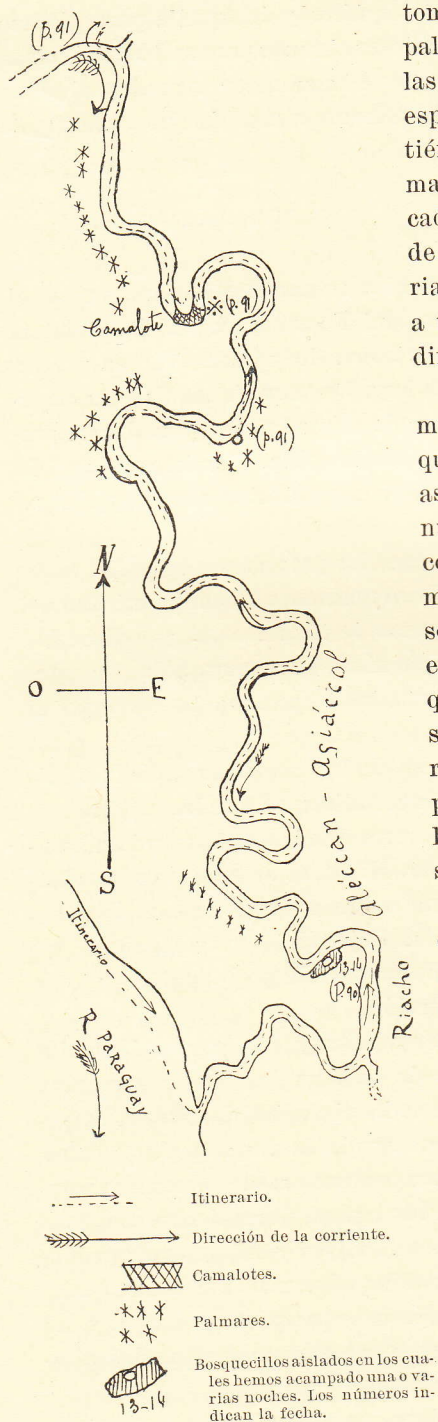


Fig. 1. — Itinerario de Boggiani

tomar un aspecto algo diferente. Las palmas son más raras y distintas las unas de las otras, y la pradera, especialmente a nuestra derecha, extiéndose enorme y plena como un mar. Mané, que de entre los pseudo caduveos parece ser el más conocedor de los lugares, nos hace abandonar el riacho y tomar nuevo camino cortando a través de la pradera inundada, con dirección norte-noreste.

No imaginábamos navegación semejante y no es sin cierta aprensión que sigo el consejo de Mané, pero me asegura que hay agua suficiente para nuestra canoa y para el Cangrejo. Encontramos una profundidad media de más de un metro, aunque las hierbas sobrepasan el nivel. Empujamos la embarcación, no con los remos, porque la hierba vuelve fatigosa la tarea, sino apoyando la extremidad de los remos y de las palas en el fondo, como pértigas. Hemos alzado también la vela para aprovechar un ligero viento sur que nos sirve de ayuda.

Hoy no tenemos esperanza de encontrar tierra. Venciendo cierta repugnancia, he comido carne de cocodrilo por vez primera. No sé por qué se tiene tanta repugnancia por este animal que se alimenta de excelentes peces y no menos excelentes aves. Su carne es blanca y sabrosa y tiene sabor de pescado. Es un poco dura y fibrosa, pero cuando el animal es joven y gordo, y está bien cocido, resulta un bocado todo menos que despreciable. Una buena salsa mayonesa lo volvería excelente.

Cerca de las 19 horas, en vista de que el cielo está cubierto de nubes y obscura la atmósfera, para no perder



nuestro camino hacemos alto en medio de la pradera que se extiende enorme hacia todos lados y amarramos nuestra canoa al pie de una altísima y solitaria palma.

A lo que parece, navegaremos siempre hasta alcanzar el río Nabileque.

Calculo la distancia de la pradera recorrida en no menos de 15 kilómetros en línea recta.

Jueves 15 de julio.

Partimos a las 6,45 horas. El viento es fuerte y nos sirve de gran ayuda. Durante un buen trecho, aunque hay más de un metro de agua, las hierbas muy altas y tupidas, así como por la forma poco manejable de nuestra vela, que no puede utilizar el viento que nos llega de flanco — es del sureste y vamos hacia el noreste — avanzamos con fatiga y lentitud. Pero un par de kilómetros más allá nos encontramos en aguas casi libres y con que la inundación de pocos días antes ha arrastrado las hierbas que están todavía bajas y ralas. El viento es ahora más del sur y la vela se infla y nos hace correr velozmente por la enorme extensión, sin ayuda de remos. Recorremos no menos de un kilómetro cada diez minutos, lo que es sumamente agradable. Pero la llanura se extiende frente a nosotros inmensa, ininterrumpida, como un mar, nuevo sargazo. En torno, como un archipiélago, surgen numerosas y más o menos grandes islas de palmas.

Indudablemente, los primeros descubridores de estas regiones debieron llegar a estas partes en épocas de inundaciones iguales o mayores. Como estas inundaciones se suceden por períodos que duran varios años seguidos, se explica de este modo cómo se ha ido formando la leyenda del famoso gran lago de los Xarayes que arraigó durante tanto tiempo en la mente de nuestros padres. Admitido que el gran lago existiera, ya no se pensó más en verificar la permanencia de aguas escasas y no navegables y no se pensó más en ello, reduciéndose la navegación al gran río que lo atravesaba y que allí encontraba su fuente.

Pero Azara, en la descripción de este gran lago, en las páginas 26 a 28 del volumen I de su clásica obra *Descripción e Historia del Paraguay y Río de la Plata*, Asunción 1896, nos da a entender perfectamente que no se trata de un gran lago sino de una llanura que se inunda por la exuberancia de las aguas del río Paraguay, el cual no se alimenta del lago, sino que alimenta al lago mismo y lo forma cuando vienen los años de grandes lluvias. Sin embargo, mantiene su errónea creencia cuando dice que el lago no es apto para ser navegado porque está lleno de plantas acuáticas, lo que es absolutamente inexacto. Es evidente que Azara no vió el lago, ni la región en la que suponíase que aquel existiese o, por lo menos, que únicamente lo recorrió dentro de los límites que le señalan las orillas del río Paraguay al dividirlo.



Sus miradas, que no pudieron penetrar en la inmensa región que se extiende a uno y otro lado, no alcanzaron a ver más que esos pantanos, en verdad proporcionalmente insignificantes, que hacia ambos lados de sus inmensas curvas acompañan todo el curso del inmenso río que él navegaba. Pero no debe asombrarnos que Azara errase ahora cien años atrás, cuando en nuestros días casi todos creen la misma cosa, siendo yo el primero en dar a conocer el verdadero estado de las cosas después de haberlas observado personalmente.

Cerca de las 9 horas, aparecen al noreste las alturas de Coimbra a una distancia de treinta kilómetros. A las 10,30 horas, después de emplear los remos un breve trecho porque las hierbas altas y espesas oponían mayor resistencia que la fuerza del viento, nos internamos en el riacho que abandonamos ayer. Lo atravesamos cuatro veces sin seguir su curso y fuimos a descansar y a comer sobre una isla boscosa, sobre la cual pudimos asentar nuestro pie sobre tierra seca. Cazo una *charata* (*Penelope pipele*) y de sobre viejos troncos caídos recojo algunos insectos.

Partimos de nuevo a las 15,30 horas. Desde este punto las alturas de Coimbra quedan a 10 grados al noreste y las de *Appacri* o de *Pedra Branca* (ver mapa de mi obra: *I Caduvei* Roma, 1895) a 140 grados al sureste y las pequeñas montañas hacia las cuales nos dirigimos y que se llaman *Auimm'eña* « gruta » o « agujero » en caduveo, pues hay en esas montañas una gran gruta, a 60 grados al noreste.

Las cosas se complican inesperadamente. Disminuye la profundidad de las aguas por la elevación del terreno que, además está cubierto por inmensos hormigueros contra los cuales a cada momento choca y encalla nuestra canoa, lo que nos obliga a cambiar un poco la dirección al sureste, luchando trabajosamente contra el viento. Los tres Caduveos se entran al agua y ayudan empujando.

Los ingleses hacen otro tanto.

Las hormigas, sorprendidas por la inundación, están todas fuera de sus nidos y se las ve prendidas por millares a los tallos de las hierbas. Cojo un montón que va ahogarse para siempre en alcohol. Las pobres están endurecidas por el frío y unas encima de otras, se mueven apenas. Estos ovillos vivientes están esparcidos por toda la llanura, desde hace un par de meses, sin comer, sin moverse. ¡Qué bueno sería poder destruirlos a todos de una vez!

Después de un buen trecho de fácil navegación hacia la meta, que nos indicaban como a seis kilómetros al noreste, nos vimos obligados a cambiar de rumbo nuevamente por falta de agua. Por causa del calor del sol y porque a cada momento tropezábamos con hormigueros a flor de agua y el terreno parecía elevarse continuamente, decidimos suspender nuestra marcha a la espera del día.

Estos indígenas son la gente más estúpida del mundo, cuando se trata



de dar indicaciones precisas de los lugares. Son incapaces de describir con claridad lo que es y lo que no es, ni de calcular cosa alguna. Jamás pude sacarles de los labios una precisa indicación del tiempo, ni de los accidentes del terreno, ni uno de esos datos topográficos que, por la gran práctica de toda su vida, conocen perfectamente. ¡Carecen por completo de la facultad descriptiva y de la de calcular!

Es inútil agregar que no tuvimos donde poner el pie en la tierra y que debimos dormir a bordo muy poco comodamente. En cuanto a la cena, redujose a un poco de galleta y a las sobras escasas del almuerzo.

Viernes, 16 de julio.

Despertamos a las 6 horas. La noche ha sido muy fría. Tres colchas de lana no bastaron a abrigarme.

Partimos a las 6,15 horas en busca de fondo. Lo encontramos a los pocos minutos, pero no duró. Un bajo fondo insuperable nos obliga a desviar, y así de nuevo varias veces, bajándonos varias veces a empujar a brazo, y desde el agua, a la canoa. Los nidos de hormigas son numerosísimos y muy cercanos los unos de los otros; algunos sobrepasan el nivel de las aguas. Parece, además, que la llanura se eleva ligeramente hacia el sur, con relación a la parte recorrida. Son pocas decenas de centímetros pero lo suficiente para cortarnos el camino. Finalmente, después de desviar varias veces, pero manteniendo una dirección norte-noreste nos encontramos (ver punto del mapa) en la absoluta imposibilidad de adelantar. El *Cangrejo* se encuentra en iguales condiciones, un poco más atrás. Vamos a su lado para decidir lo que debemos hacer.

Mientras tanto envió dos Caduveos a explorar el terreno circundante. Una cercana línea de bosquecillos nos revela la presencia de las aguas profundas del riacho.

Oímos dos tiros de fusil provenientes del sureste, hacia el cual hubiéramos debido dirigirnos si las aguas no nos hubieran faltado. Los Caduveos están bastantes cercanos, pero ¿cómo llegar hasta ellos? Contesto con otros dos tiros de fusil para hacernos sentir. Vuelven los dos exploradores sin haber encontrado el camino deseado. En vista de que nos encontramos a poca distancia de los Caduveos, pienso que podríamos mandar dos hombres en el bote del *Cangrejo* para pedir ayuda a la toltería. Participo esta idea a los ingleses, pero nada quieren saber de prestar la pequeña embarcación por temor de que fuera a romperse y quedar privados de esa última ancla de salvación en caso de que hubieran debido abandonar el *Cangrejo*.

Por todo lo cual decido mandar a *Mané* a pié para que tratara de llegar de cualquier modo a la toltería. Parte inmediatamente, aunque no de muy buena gana.



Voy a bordo del *Cangrejo* a almorzar. Los ingleses tienen una pequeña cocina que les permite preparar los alimentos sin bajar a tierra. Un estofado de *biguá* resulta excelente y nos prueba que este pájaro, tan despreciado, es en cambio muy bueno y de carne sabrosa y tierna como no lo hubiéramos creído.

Estando el sol todavía alto, aprovecho para fotografiar al *Cangrejo* navegando a velas desplegadas por la pradera.

A la espera de la ayuda que fuera a buscar *Mané*, Johnson, Anderson y yo, decidimos llegar hasta un bosquecillo que veíamos en dirección 20° al noreste, como a cuatro kilómetros de nosotros, para explorar el terreno y cazar algo.

Partimos en el bote del *Cangrejo*. A cada rato bajábamos para arrastrarlo sobre los bajos fondos. Después de recorrer un buen trecho, encontramos un obstáculo imprevisto en las hierbas, tan espesas y tupidas que cerraban completamente el paso a la navecilla. Decidimos, después de algunas dudas, no se si mas heroica que locamente, dejar la navecilla y proseguir de a pie. Por una de esas frecuentes bribonerías de la suerte, las hierbas, no sólo continuaban siendo altas y tupidas, sino que el terreno bajaba y aumentaba el agua, por lo que debíamos luchar trabajosamente contra los dos inconvenientes a la vez. El agua casi nos llegaba a la cintura. Mientras tanto, el sol descendía hacia el horizonte y teníamos que andar bastante todavía. ¡ Adelante ! En el peor de los casos pasaríamos la noche en el bosque.

Por fin, fuí el primero en llegar, *fuor del pelago alla riva*, al bosquecillo que era el más pequeño de entre un grupo de otros semejantes, por entre los cuales serpentea, no se bien todavía si un curso de agua o una laguna. La presencia de muchos camalotes de hojas grasas y lucientes que contornean las aguas libres, hace suponer que se trate de un curso de agua y aquellos bosquecillos aislados que sucedense en larga hilera de norte a sur, indican y marcan el curso del agua corriente.

No dudo que se trata de nuestro *Alè'ccan-aggiécol*, pero la dirección que le demarcan los bosquecillos es casi opuesta a la que deberíamos seguir para llegar al campamento de los Caduveos.

Sobre un árbol algo internado entre los arbustos, veo dos magníficos *yacú* (*crax globicera*?). Al aproximarme se aperciben de mi presencia y uno de ellos levanta el vuelo, pero queda el otro. Tiro desde lejos, por temor de que se vaya este también; lo hiero y va a caer casi en el centro del bosquecillo. Para cogerlo, penetro por entre los espinosísimos arbustos; como ya conozco toda la dificultad que se opone al apuro de pasar por esta red de ramas, lianas y troncos espinosos, y aprendí a evitar los demasiado frecuentes arañazos, llegué prontamente al centro de la isla verde cubierto de un tapiz de hierbas secas. Frente a mí, y de improviso, levantóse un venado y huyó. Como me detuve y no hice rumor



alguno, después de cuatro saltos que lo alejaron como a veinte metros, paróse a mirar qué peligro le había turbado su sueño y sobresaltado.

Por carecer de otras balas y mientras mira hacia mí, le descargo un tiro con munición patera. Dió aún otros dos saltos y cayó; intentó levantarse, por lo que le tiré un segundo tiro a la cabeza.

Llamé a los compañeros que me alcanzaron no sin dificultad. Anderson trae arañada la cara y se maravilla que yo hubiese podido penetrar tan ligero por entre las espinas sin causarme daño. ¡Bravo! díjome Johnson cuando vió la hermosa presa. Era un macho joven al que aún no habían despuntado los cuernos. Por lo tanto, su carne será mejor. No pensamos regresar por esa noche. Mientras saco el cuero y despedazo la carne del venado, encienden un buen fuego. Después, preparamos con verdes ramas una gran parrilla encima de la que colocamos la carne y debajo de ella las brasas. En torno colgamos en rueda nuestras indumentarias ensopadas para secarlas.

¿Qué dirán nuestros compañeros que quedaron en las embarcaciones encalladas y que después de los tiros no nos ven regresar? Es de noche, serena, sin viento, y la temperatura bastante templada. No teníamos con qué cubrirnos, pero la fronda de los árboles y de los arbustos nos servirá de lecho, y la leña seca, que abunda, calentará y secará nuestros miembros y vestidos; y las llamas mantendrán alejadas a las fieras. Comenzamos a comer. La carne es lo bastante sabrosa como para que no sea preciso sazónarla con sal... cuando no la hay.

Surgió entre tanto la luna clara y con ella una nueva idea en nuestra mente: la de aprovecharla para el regreso, sin esperar el día. La noche es larga... y nuestras casas flotantes nos esperan. A las 9 horas, reunidas nuestras cosas, suspendo a una vara los trozos aún medio crudos del venado, que por turno y de dos en dos, llevamos sobre los hombros y salimos del bosquecillo para emprender el regreso.

Un gran fuego aparece hacia el sur detrás de una línea de bosques y de palmeras. Más a la derecha, la linterna del *Cangrejo* nos indica el camino. Pero, ¡cuán lejana!

El cruce, una vez que encontramos el sendero que dejamos durante nuestro primer paso hasta la pequeña embarcación, fué penosísimo, sea por el agua, por las altas hierbas que nos lastimaban los pies y hacían difícil y fatigoso mover las piernas, de manera que hubimos de caer más de una vez, o por el cansancio de llevar la vara con la carne y las armas. Como Dios lo quiso, logramos superar el obstáculo. El camino se volvió luego fácil, aunque como estábamos cansados nos pareció fatigoso descender a cada rato al agua para empujar la navecilla sobre los nidos de las hormigas en los que encallaba. Por fin terminó esta aventura y llegamos a puerto sanos y salvos, cubiertos de gloria, cargados de carne y mojados hasta los huesos. Cambié traje y después de una pequeña cena



a bordo del *Cangrejo*, fuíme a dormir entre colchas voluptuosamente acomodado sobre mis bagajes que martirizaban mis costados y mi espina dorsal. ¿ Quién se acordó del *yacú* ?

Sábado, 17 de julio.

Por la mañana, como a las 8,30 horas, volvió *Mané*. El pobre llegó hasta un punto en que las aguas eran tan profundas que no pudo proseguir, ni pudo hacerse oír de la toltería, bastante lejana para que llegara su voz. Las hierbas le han desollado los pies que sangran y le arden como fuego. Bien lo sé yo también, que anoche, apesar de estar calzado, experimenté un tormento semejante.

Como no podemos avanzar y llegar hasta el riacho, que está a unos pocos centenares de metros, ni alcanzar la meta, porque el agua escasa no nos lo permite, decidimos volver atrás hasta alcanzar el mismo punto del riacho que dejamos antes. Desde allí le seguiremos, sin abandonarlo más, hasta su confluencia con el Nabileque, del cual sale y descendemos por este último río hasta llegar al campamento de los Caduveos. El viaje será un poco más largo, seguramente, como nos lo anuncian nuestros *prácticos*, pero siquiera estaremos seguros de nuestra suerte y de no fatigarnos tanto.

Partimos a las 9,30 horas. Pasamos al principio por las mismas dificultades, pero llegamos por fin a aguas profundas y casi libres, progresando expeditamente. Sólo descansamos a las 15,30 horas, bajando a tierra sobre una pequeña isla cubierta de espeso bosque y con un magnífico grupo de palmas. Su parte más alta, que encuéntrase como a cuatro metros del nivel de la inundación, está invadida por enormes *caraguatá* (*bromelliae spinosae*).

Mientras preparamos la comida y esperamos al *Cangrejo*, que ha quedado muy atrás, Dormeville se ocupa de hacer secar el cuero del venado que maté ayer. Lo logró con mucha habilidad mediante varillas que dispuso como lo indica en la figura 2.

Se corta una cantidad de varillas de dos o tres centímetros de diámetro y lo más rectas posibles, de un largo proporcionado al del cuero; se comienza por hacerles en el extremo una muesca, de la manera descrita en las figuras *a, b, c, d*. Principiase con la muesca (1 *a*) que penetra hasta la mitad de la varilla. En el lado opuesto y un poco más arriba, se hace otra (2 *b*) y se separa la parte forzando un poco con el cuchillo. Con dos tajos laterales se afila el apéndice que resulta (3 *c, y d*). Después tómase el cuero y apoyando sobre el bastón la parte del pelo, y apartando un poco con los dedos, se hace un pequeño tajo en el cuero y en el lugar en que debe entrar la punta de la varilla, de modo que resulte un ojal en el que entra el apéndice. Mídese el largo que debe tener la vari-



lla y se le practica igual operación, ensartándola así por sus dos extremidades en los ojales del cuero. Se hace lo mismo para con todas las varillas, las que son más o menos numerosas según el tamaño del cuero y la manera cómo hubiese sido cortado. Las seis primeras se colocan no muy tirantes, pues distendiéndose bien el cuero sobre las otras transversales, permanece también tenso sobre las primeras. Así preparado, se le pone al sol y es fácilmente transportable de un punto al otro. Con un par de días de buen sol, el cuero está bien seco. Se quita las varillas

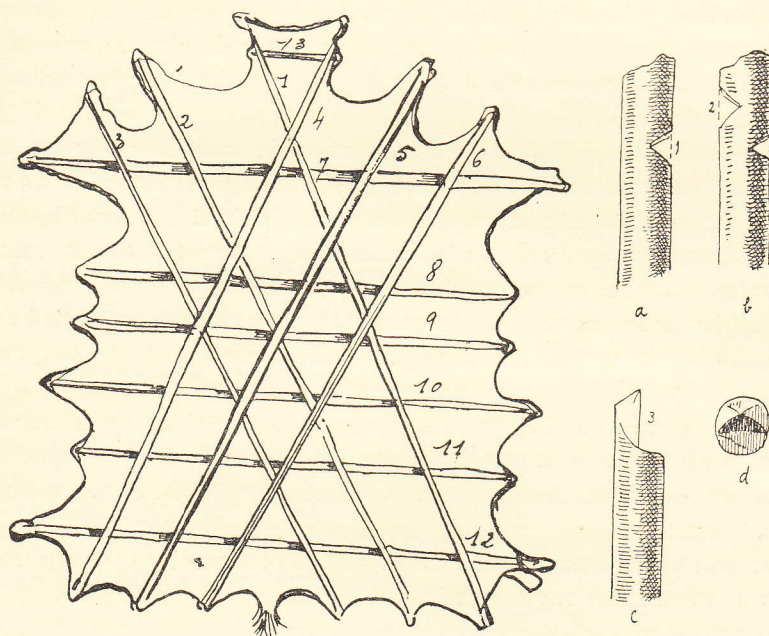


Fig. 2. — Modo de extender un cuero para hacerlo secar

y se le plega longitudinalmente en dos, dejando hacia afuera la parte del pelo.

Sobre un arbusto cuyas ramas extendíanse sobre las aguas, estaba adormecido un pequeño boa; pequeño por así decir, por que medía dos buenos metros de largo. Habiéndole dado con un palo por la cabeza, lo dejé medio muerto y lo atrapé; lo suspendí del cuello a una rama, le corté el cuero al rededor de las mandíbulas y lo dí vuelta hasta la cola; le saqué los intestinos, volví a colocar el cuero en su lugar y cortando la cabeza, lo puse a asar sobre las brasas. La carne así cubierta por el cuero, no se ensucia, ni se quema, y se asa conservando todo su gusto, que debe ser bastante bueno porque es golosina para los indígenas. Tal vez algún día lo probaré. Por hoy... renuncio, pues tengo algo mejor a mi disposición.



No sé cómo me vino la luminosa idea de cavar un poco el suelo una vez que ví en la superficie una cantidad de conchas de caracol. Pronto encontré, mezcladas con numerosas conchas, una cantidad de labores en tierra cocida interesantísimas. Era evidente que esa pequeña elevación había servido durante largo tiempo de residencia a los indígenas que debían de tener algunos puntos de contacto con las costumbres de los que habitaban Puerto 14 de Mayo. De los fragmentos encontrados en la breve y superficial investigación que pude hacer, me parece que puedo deducir una mayor antigüedad comparativamente a los fragmentos que encuéntranse en Puerto 14 de Mayo. Estos son de factura bastante más grosera y no me fué posible descubrir signos de pintura, aunque es verísimo que la tuvieran de color rojo, negro y blanco, como todos los vasos de esta región.

Un examen más detenido me dará ocasión de encontrar algunas huellas. Mientras tanto, he podido observar iguales procedimientos de modelado de la arcilla e igual ornamentación a impresión a cuerda sobre arcilla fresca, aunque ésta es bastante más grosera que de costumbre. Encontré también fragmentos de hueso que me parecieron humanos y que habían sido quemados. Descubiertas las primeras labores, he seguido las investigaciones en otros puntos del terreno y en todas partes encontré algo junto con conchas de caracol y huesos.

¡Qué desgracia que llegara la noche y me faltara tiempo y útiles para hacer una investigación más vasta que tal vez me llevaría a encontrar algún otro objeto interesante, como un hacha de piedra! Pero por ahora basta lo logrado.

Cansado de la jornada, que ha sido no poco fatigosa, y con un poco de dolor de cabeza, me voy a dormir.

He puesto en alcohol algunos insectos, entre los cuales un pequeño escorpión sin cola.

Domingo, 18 de julio.

Despertamos a las 6 horas y partimos a las 6,45, cuando el sol se levantó sobre el horizonte. En menos de dos horas llegamos al tan ansiado riacho, en el punto de la parada del día 15. Sin detenernos, continuamos el viaje remontando la corriente. Los recodos son innumerables y voy marcándolos con todo cuidado y con la brújula frente a mis ojos. La dirección general del *Al'ecan-aggiacol* es al norte-noreste, pero no tardará en dirigirse más hacia el este. En un bosquecillo que aparece a la derecha del riacho, sobre un árbol alto, van a posarse dos patos. Llevamos la canoa hasta los primeros árboles y descendiendo... al agua para ponerme a tiro. Dos *charatas* me están tentando a pocos pasos, pero las dejo tranquilas y con infinitas precauciones, llego hasta el árbol de los patos.



Disparo, pero el tiro no sale ; por segunda vez, y otro fiasco. ¡ Cartuchos ordinarios y viejos ! Cambio los cartuchos y pongo dos con munición más pequeña. El tiro sale esta vez y el pato va a caer, herido en pleno pecho, del otro lado del riacho. Las *charatas* — ¡ qué estúpidas aves ! — vuelven a ponérseme a tiro y con dos disparos más cayeron en mis manos.

Vuelto a nuestra nave, proseguimos, y poco después resolvimos detenernos en un bosquecillo de la orilla izquierda. Volvíamos la proa a tierra, cuando mis Chamacocos me advirtieron que habían visto un jaguar apoltronado sobre un árbol, delante mismo de nosotros. Lleno de emoción, tomé mis armas y salté prontamente a tierra. ¿ Dónde está la fiera ? Allí, sobre aquella rama, al frente mismo, me dicen los míos, señalando con la mano ; pero yo miraba demasiado abajo y avanzando, miraba intensamente hacia la dirección indicada sin distinguir nada. Pero al alzar los ojos más arriba y como a treinta pasos del árbol, descubrí apoltronado sobre una de las más altas ramas al bellissimo animal que, inmóvil, mirábame con dos ojos de fuego y como pronto a avalanzarse como acostumbra hacer el gato con los topos.

Pero los topos no tienen defensas y esta vez fué el gato quien llevó la parte peor. Alcé mi carabina y apunté en plena frente a la fiera. Partió el tiro y el jaguar cayó a plomo como un pájaro, dando un gran brinco sobre la tierra al pie del árbol. Domerville gritóme que no me acercase, pues podría suceder que la fiera estuviese únicamente herida y me aconsejó que pusiese un nuevo cartucho, advertencia inútil porque ya estaba hecho. El pícaro quería tirar un tiro con su Weterli sobre el animal tendido en el suelo y que no se movía, por lo que tuve que disparar el mío para impedirselo. No cabía duda que estaba muerto, pues no respiraba y tenía todo el pelo encrespado ; él lo sabía mejor que yo, pero si hubiera tirado habría podido sostener después que el animal había sido muerto por su bala y pretendido derechos sobre la hermosa presa. Pero la malicia no le sirvió. El jaguar estaba bien muerto ; la bala, que le había penetrado por la frente cerca del ojo izquierdo, le había despedazado parte del cráneo, yendo a salir por la mano derecha.

Inmediatamente procedimos o despojar de su cuero al jaguar, que era un ejemplar joven de la especie, aunque sobre el árbol parecía grandísimo. La operación es delicada y lenta, pero como Domerville era práctico la hizo perfectamente. Sacado el cuero, prepárase con troncos derechos de cuatro arbustos un telar cuadrangular y, mediante un largo piolín, se extiende el cuero ; limpiando después los restos de carne de la parte interior, se lava el pelo con agua y jabón, poniéndolo al sol. Mientras se apresta la comida, mato otra *charata*, y mis marineros hacen buena pesca de palometas (*Serrasalmus piraya*).

Hacia las 4 de la tarde tomamos de nuevo camino y, cuando el sol



se puso, penetramos como siempre en un bosquecillo con tierra seca, y después de cocinar, nos introducimos en nuestros mosquiteros, cansados pero satisfechos de la buena jornada.

Lunes 19 de julio.

Antes de que naciese el sol y después de tomar una taza de café, lavamos con agua y jabón el cuero de tigre para que el pelo permaneciese limpio de manchas de sangre. Algunas *charatas* saludan al sol naciente con su curiosa locuacidad y yo lo saludo con dos buenos tiros de mi escopeta que reducen a perpetuo silencio a otros tantos de aquellos bípedos con plumas. Y partimos.

Después de algunos recodos el riacho atraviesa un gran pantano en el que se desagua, oculto por una exuberante vegetación acuática y tupidos camalotes. No es sino con grandes dificultades y muchos rodeos que conseguimos encontrar el camino de salida. Al atravesar una pequeña laguna de aguas libres, y contrariamente a sus costumbres, un cocodrilo salió furioso de un camalote y se vino bufando contra nosotros como para embestir la embarcación. Pero una bala de mi Marlin le despedazó el cráneo y lo hundió. Lo pescamos con gran contento de mis tripulantes. Es la primera vez que uno de estos cocodrilos da muestras de tanta belicoidad.

Ya en el riacho, y después de un segundo tiro de Marlin, embarcamos otro cocodrilo con la cabeza despedazada, pero el animal, que estaba por morir, se vengó con un golpe de su bien dentado hocico sobre una dama juana con *caña* y la hizo añicos. La pérdida no resulta indiferente, porque el líquido desperdiciado equivale a diez buenos cueros de venado, o sea a más de noventa liras. Un poco más adelante, un tercer cocodrillo, con el mismo sistema persuasivo, fué a hacer compañía a los otros dos. Con estos tres animales aseguramos una abundante provisión de carne para un par de días por lo menos. Y era una suerte, porque sin mis armas, que me sirven de gran ayuda, y con la prolongación imprevista del viaje, las provisiones disminuirían más todavía en lo futuro y podríamos encontrarnos en mala situación.

El riacho sigue decididamente hacia el este y proseguimos por un dedalo de canales inextricables. Inmensos camalotes interrumpen frecuentemente el curso del agua y debimos sobrepasarlos con gran esfuerzo. Los camalotes más duros son los formados por hierbas entremezcladas con muchos helechos. Las raíces de todas estas plantas herbáceas son tan intrincadas que retienen fuertemente la tierra en la que nacieron y que junto con ella abandonan la primitiva morada, navegando arrastradas por la corriente o empujadas por el viento. Es absolutamente imposible atravesar semejantes camalotes; precísase costearlos hasta encontrar un camino de salida.



Cerca de las 14,30 horas, como Dios lo quiso, llegamos a una isla boscosa más grande que las otras. Los ingleses quedaron atrás, ¡quién sabe si nos volveremos a juntar y si sabrán salir de en medio de tanta dificultad! Mientras tanto, permaneceremos aquí para preparar los tres cocodrilos y las tres *charatas* que maté durante el viaje; aquí pasaremos la noche.

En el bosquecillo, que pronto exploro, abundan los *cocos yatais*, las bellísimas palmas que tanto se parecen, aunque no por su altura, a la *Phoenix* del África. Las huellas de jaguar son abundantes por todas partes y fresquísimas. De seis tiros de escopeta mato otras tantas *charatas*, dos de las cuales se pierden en la espesura del bosque. Durante el viaje he cogido y puesto en alcohol algunos insectos; y en la isla, una víbora que salió de debajo del fuego que encendimos.

Al hundirse el sol en el horizonte, llegó el *Cangrejo*. Hemos resuelto permanecer aquí todo el día de mañana para descansar un poco de las pasadas fatigas y explorar la isla, en la que nos parece que puede cobrarse buena caza.

Martes 20 de octubre.

Por la mañana, en un tronco de árbol, podrido y caído, logré buena caza de insectos. Encontré escorpiones con las patitas color rosá carne y el cuerpo gris oscuro, y escolopendras con el cuerpo del mismo color y reflejos metálicos violáceos en las partes más oscuras y con las patitas azules; algunas arañas y otros pequeños insectos; miriápodos de mediano tamaño y otros insectos pequeños y grandes. Había cogido también un hermoso lagarto de escamas lisas y lucientes, pero cayó al suelo y descuidadamente le pisé, destrozándole la cabeza.

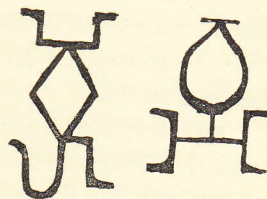


Fig. 3. — Marcas de propiedad de los Caduveos

En una planta de caña del Japón encontré dos marcas de propiedad: una perteneciente al Caduveo José Domingo y las otras al extinto padre del mismo (fig. 3).

La de José Domingo ya se encuentra reproducida, invertida y con una ligerísima diferencia, entre las 16 que encabezan el capítulo VII de mi obra *I Caduvei*, página 223. Es la última a la derecha de la fila inferior. La otra es nueva.

Hemos dado fuego a las hierbas secas del lugar y de los alrededores. Nada más imponente que el incendio que surgió, alimentado y empujado por el viento a través de un palmar que no le opone obstáculo. El crepitar es inmenso y semejante al ruido ensordecedor de una cascada de agua, con frecuentes estruendos de bombas y de morteros. Las hojas de las palmas más bajas se encienden con inmensa llamarada que comunica



el fuego a las más altas y todas parecen enormes antorchas de viento. Y así, tan prontamente como las llamas prenden y arden, así también, en un momento, consúmense las hojas y se apagan y el incendio continúa su camino tocando apenas los troncos y dejando con vida únicamente las hojas todavía verdes. Después de un incendio, el palmar presenta durante un tiempo un aspecto triste, despojado de todo el adorno de las hojas verdes, pero muy pronto renace la vegetación del suelo y la de las mismas palmas cuyas bellas hojas abren con nueva vida sus tremolantes abanicos al viento.

*Niñdecigo*, que nos acompañó en la breve excursión, me enseñó las raíces de una plantita que abundaba en la parte más alta del terreno y medio oculta, a las que atribuyó virtudes medicinales. Su olor es fuerte, entre agradable y repugnante. Sus hojas parecen siempre como marchitadas. Se bebe su infusión para el dolor de vientre. En caduveo le dan el nombre de *nīcipottógo* o *niccī pottógo*.

Johnson y Anderson, con Miguel, fueron a cazar en una pequeña isla boscosa que encuéntrase como a mil metros de nosotros al este. Sentimos durante mucho rato una no interrumpida fusilería, y volvieron con... ¡tres monos negros!

Miércoles 21 de julio.

Al salir el sol, empujamos de nuevo la canoa. Lo mismo que ayer, sopla fuerte viento norte y nos fastidia mucho porque es opuesto a nuestra ruta, pues, aunque ésta va muy al este, después de corto trecho lo hace hacia el norte.

Poco después de partir *comenzaron las dolientes notas*. El riacho, después de algunos recodos de aguas libres y profundas, comienza a mostrarse invadido de papiros, de intrincadísima *caña brava* y otras plantas acuáticas. Nos vemos obligados a seguir su curso, manteniéndonos de un lado y otro fuera de él y navegando sobre las aguas que inundaban las praderas del contorno y cuyas hierbas no son tan duras de vencer como las del riacho. El viento norte es fuertísimo y como nuestra ruta sigue precisamente hacia el lado del que viene el viento, el proseguir adelante se nos hace sumamente fatigoso y lento.

A medida que avanzamos, tanto más intrincada se vuelve la red de plantas acuáticas que invaden el riacho, el que además va poco a poco disminuyendo de importancia. Evidentemente, el terreno circundante se eleva de modo insensible; el color rojizo de las hierbas de la inmensa pradera que se extiende hacia ambos lados y la aparición, de vez en cuando, de un magnífico árbol de *para-todos* lo demuestra. Las pequeñas islas boscosas se han ido volviendo más raras y chicas; pero no a mucha distancia frente a nosotros, una gran línea de bosques que viene desde



muy lejos de hacia el norte y que se pierde en las nieblas del horizonte, nos indica el curso del Nabileque que andamos buscando desde hace varios días. Con indecible ansiedad voy escrutando nuestro camino que ahora se diseña confusamente en verde vivo, por entre la rojiza pradera, serpenteando extrañamente. Ya no nos es posible abreviar camino a través de los campos; preciso es luchar contra el viento y la vegetación y seguir el curso del riacho, que parece como si estuviera por terminar de un momento a otro. Aproxímase siempre más la línea de los bosques del Nabileque ... pero, ¿podremos llegar? ¿No habrá de por medio algún obstáculo infranqueable? Esta idea me tiene muy inquieto.

Hacia las 16 horas bajamos en un bosque ralo de *para-todos*. El terreno es alto y seco. No tenemos noticia alguna del *Cangrejo*, no lo vemos; aunque desde este punto, más bien elevado, podemos dominar todo el campo circundante como se domina el mar desde lo alto de una nave. Prendemos fuego a las hierbas que, con el viento fuerte arden como un relámpago, mandando al cielo una enorme columna de fuego. Servirá de indicación a los retardados si se extraviaron en el camino. Y de nuevo partimos.

Casi inmediatamente, más allá del bosquecillo, nos encontramos frente a una gran extensión de tierras bajas bien inundadas. Volvemos proa hacia el sureste, y favorecidos por el viento, en breve nos encontramos en aguas más profundas y, finalmente, en el río Nabileque, cuyas aguas oscuras, profundas y transparentes, corren libres y amplias hacia el sur, con breve inclinación al oeste. El viento, pues, se nos torna de golpe favorable y con la corriente volvemos a navegar a vela, cómoda y velozmente, hacia nuestra meta.

Es difícil dar dimensiones exactas del Nabileque. Su lecho tortuoso varía muchísimo de anchura; y especialmente cuando se dilata por todas partes, adquiere en ciertos puntos un ancho extraordinario que puede ser hasta de varios miles de metros. Numerosos canales secundarios, algunos de los cuales muy amplios, lo flanquean y alternan con lagunas de límites bastante inciertos. Su profundidad media no es menor de cuatro a cinco metros, y tal vez más.

Antes de que se pusiera el sol, bajamos a una de las tantas islas boscosas que se suceden frecuentísimas y que por aquí son más vastas y adornadas de una vegetación imponente y magnífica. Abunda el *cocos yatais* y el *Lapacho*. El fruto del *cocos yatais* es excelente y el mejor fruto de todas las palmas. Pescamos en el río gordas palometas y maté en el bosque dos *charatas*, con lo que aseguramos un discreto almuerzo.

Así quedó resuelto el problema de si el río Nabileque es o no un brazo del río Paraguay.

El problema queda resuelto de este modo: es y no es un brazo del río mayor, y me explico.

En la estación de abundancia de agua, especialmente en la de grandes



inundaciones, el curso del río Nabileque es completamente unido y entrando en los territorios que recorre hasta poco más abajo del morro do Conselho, con una dirección invariable, casi de norte-noreste a suroeste, va a desembocar en el río Paraguay como a doce kilómetros mas arriba del Fuerte Olimpo.

Pero en la estación normal, cuando llegan los meses secos y en los años de gran sequía, la parte superior de su curso es muy a menudo interrumpida y no forma sino fosos de agua o lagunas, más o menos grandes, que continúanse en larga fila, mientras permanece como un verdadero río en la parte inferior, especialmente en la confluencia con el río *Nivitára* que está mucho más al sur del punto en que nos encontramos.

De todo esto resulta que: en el primer caso, es un brazo del río Paraguay, y en el segundo, un verdadero río tributario del río Paraguay.

En la estación seca, todo ese vasto territorio a través del cual hemos navegado desde el río Paraguay hasta aquí, queda completamente enjuto y puede atravesársele a pie, a caballo o en carro, con la mayor facilidad y prontitud.

El riacho que tanto nos dió qué hacer, pero que también fué nuestra salvación, es una rama del Nabileque, del cual se separa cuando baja el nivel de las aguas.

A mi parecer, el río Nabileque no es más que el antiguo lecho del río Paraguay que, empujado hacia el oeste por la barrera que le forman las montañas de Miranda, ha dejado poco a poco al este una vastísima llanura, mientras va, de año en año, consumiendo con relativa rapidez la más vasta aún del Chaco, formada, sin duda, no tanto por los grandes aluviones del río Paraguay, como por los que descenden de las faldas de la enorme cadena de los Andes.

¿Quién sabe si un día, dentro de algunas decenas de millones de años, el río Paraguay no llegará a bañar el pie de los contrafuertes más orientales de los Andes? De todos modos, ni nosotros, ni nuestros hijos, ni los de varias generaciones futuras lo verán!

Encontré también en este bosque el *nicci pottógo*, y como la tierra es mejor, las raíces adquieren mayor desarrollo y olor más penetrante. Los dos Chamacocos dicen que también existe en el Chaco y que allí es conocida su virtud. Asegúranme que, cuando tienen dolor de vientre, se aplican externamente las hojas y cesan los dolores (!!).

Esta mañana, poco después de partir, hemos cortado el camino que hice el día 26 de abril pasado, viniendo de Coimbra en busca de los Caduveos fugitivos (ver copiadore de cartas 7-IX-1896 y 7-VII-1897, en las págs. 554 y siguientes, la relación de aquella excursión inesperada). He reconocido el punto por el que atravesé a pie el riacho — ahora no habría podido hacerlo — y el bosquecillo cercano en que encontré acampados a Juansiño y su gente.



II

El río Nabileque

Jueves, 22 de julio.

Esperamos al *Cangrejo* hasta las 9 horas. Mientras tanto, cazo dos *charatas* y pongo en alcohol varias hormigas. Dormeville pesca un hermosísimo pez, del que dice no haber visto jamás otro igual. Desgraciadamente no logro hacerlo entrar en ninguno de los recipientes que he traído para las colecciones zoológicas y por fuerza mayor debo renunciar a conservarlo. En vista de que no aparece el *Cangrejo*, abandonamos la isla y continuamos nuestra navegación. He sondeado el río en el momento de partir, encontrando una profundidad como de 6 metros; su ancho es como de 40 metros, sin tener en cuenta los canales secundarios y la parte inundada que aumentarían su amplitud en varios centenares de metros.

El viento es hoy del sur y la atmósfera está nublada. Pero en aguas libres la fatiga no es grande y la corriente bastante fuerte nos ayuda. Durante un buen trecho la corriente, con un ancho que varía entre los 25 a 80 metros, nos dirige hacia el sureste, y volviendo de pronto y decididamente al sur se ensancha durante un trecho desde 2000 o 3000 hasta 250 o 300 metros, formando un verdadero lago, para después volver a estrecharse a un ancho normal y siempre con decidida dirección al sur.

A la izquierda se extiende, con dirección sursureste, un inmenso campo alto pobladísimo de *para-todos* y se pierde en una línea azulada a lo lejos y detrás de la tupida vegetación que flanquea el río. A la derecha se internan varios canales que, más hacia abajo, vuelven otra vez al río formando islas que en la estación seca hacen parte de la tierra firme. Y esta subdivisión de aguas reduce el canal principal del río a términos mínimos: en algunos puntos las extremidades de ambos remos tocan las orillas.

Continúa el viento sur soplando con fuerza; el cielo está nublado y amenaza lluvia. Hace frío. Continuando por nuestro camino, de pronto nos encontramos extraviados en una inmensa dilatación de varios kilómetros de circunferencia en la cual no es visible el curso del río.

La práctica de nuestros marineros Caduveos nos guía, sin embargo, y dirigiéndonos directamente contra el viento hacia el sur, con leve inclinación al oeste, llegamos al extremo de la dilatación inundada, allí mismo donde se interna el canal angosto del río.

Llueve; el frío es intenso y me hace castañetear los dientes. No es agradable permanecer en el timón con esta temperatura ni el imper-



meable, ni las colchas de viaje con las que me cubro, son suficientes para modificar la desagradable impresión.

Por suerte, la lluvia no dura mucho y la temperatura se vuelve menos rigurosa. A nuestro paso, tres grandes *carpinchos* (*sus hydrochaerus*) se precipitan y desaparecen en el agua. La región es sumamente favorable para estos animales que encuentran abundante pasto y hierbas acuáticas. Cacarean abundantísimas las *charatas*, que son excesivamente mansas. Podría hacerse una caza abundantísima. Pero otras ideas, muy distintas a la de entregarnos a las delicias de la caza, ocupan nuestra mente. Ahora que estamos en el buen camino, estamos también apuradísimo por llegar a destino y no queremos perder tiempo.

Recorremos un trecho del río algo angosto: las dos orillas van, poco a poco, aproximándose, y de pronto salimos nuevamente a una grandísima extensión de agua que parece un lago, de límites inciertos. El curso del río se pierde y hasta las gruesas hojas de los camalotes que casi siempre diseñan la dirección contorneándola de ambos lados, desaparecen.

Debimos confiarnos al instinto de observación de nuestros Caduveos que, como brújulas vivientes, no se equivocan jamás cuando se trata de ir a rumbo.

El viento, siempre del sur, se ha vuelto fuertísimo y nos llegan rachas breves y frecuentes que hacen saltar a nuestra mal compaginada embarcación.

Pero hacia el fondo de la dilatación de agua, los míos descubren, por entre los árboles de un bosquecillo que se levanta algo por arriba de la hilera de verdura que marca el horizonte, una leve columna de humo. Finalmente, ¡es la toldería de los Caduveos! La lucha contra el viento vuélvese como nunca vigorosa y la meta próxima infunde alegría a mi gente que con grandes gritos y risas manifiesta su propio contento, y con vigorosos golpes de remo apresuran, en parte, la llegada.

Aproximándonos siempre más a la orilla izquierda de la laguna, descubrimos entre los árboles el techo de hojas secas de una gran choza abandonada. Los Caduveos están ahora acampados más arriba, hacia el sur, de donde hemos visto partir el humo. Disparo con mi carabina dos tiros para anunciar nuestra llegada. Inmediatamente se nos contesta con otros tiros y muy pronto un *cachiveo* se desprende de la orilla y a golpes de pala nos sale al encuentro para darnos la bienvenida y enseñarnos el camino. Lo escoltan dos Caduveos que reman de pie, sin temor a las olas y al fuerte viento. Uno de ellos es *Uililli*, mi gran amigo.

Embicamos la orilla y en el punto que desembarcamos habíanse reunido todas las mujeres de la toldería con sus vestidos multicolores; algunas viejas entonan una bienvenida armoniosa y mi nombre *Bètte'e* es repetido en todos los tonos. Apretones de mano, saludos, etc. y poco



después, héteme instalado en la casa del Capitansiño con todos mis bagajes; todos me rodean y comienza el relato de nuestras peripecias. El congreso dura hasta tarde de la noche y, finalmente, nos vamos a dormir.

Poco después, una chica nacida dos meses antes, hija de la cuñada de Juansiño, comienza a chillar y de todas partes de la toldería las mujeres le gritan afectuosamente: *iuállo, iuállo, igniudigōdo* (mujer, mujer; el otro vocablo es intraducible y tiene un significado cariñoso; de saludo, de gracia, de respeto) hasta que la pequeña, calmada, callóse. ¡Curiosa y gentil costumbre!

Viernes, 23 de julio.

Los Caduveos están acampados entre los árboles de una de las muchas islas boscosas que acompañan el curso del río Nabileque. Como el campamento es provisorio, las chozas son simplísimas y muy ligeras. Plantando en la tierra, y a conveniente distancia, algunas ramas rectas terminadas en horqueta, fijan otras transversalmente sobre las primeras y en ambos sentidos, de manera que forman un reticulado. Por encima y formando techo, extienden cueros de los venados que cazaron. En el suelo, sirven de tapiz o de lecho los comunes cueros de vaca sobre los cuales los Caduveos, y especialmente las Caduveas, pasan el mejor y el mayor tiempo de su vida.

Esta mañana el *doctor* ha pasado su visita diaria a los enfermos de la comunidad. Muchos de ellos no tienen más que males pasajeros o imaginarios, pero es moda que el *doctor* los visite y haga su cura. Las mujeres gustan especialmente de esta ceremonia médica. El *doctor*, que es un robusto muchachón chamacoco, perteneciente al Capitansiño y del cual también es cazador, se aproxima a la paciente tendida sobre la cama de cuero. La saluda y le pregunta en qué parte siente dolor. Después que se lo dice, lo verifica apretando las partes doloridas con los dedos de la mano continuamente y por intervalos brevísimos.

Después comienza a chupar por intervalos regulares, y cada vez que interrumpe, finge tener en la boca alguna cosa, diciendo como invocación de conjuro, en alta voz y en tono quejumbroso esta palabra: *libon-~iñá*, da vuelta la cabeza hacia la parte opuesta al enfermo, lleva la punta de los dedos a la extremidad de los labios y extrae de la boca un poco de saliva que representa la enfermedad que se trata de arrancar y la arroja a lo lejos con un gesto seco de la mano. Y chupa de nuevo. El signo que he puesto entre la *n* y la *ñ* de la palabra exorcista, representa una especie de gorjeo producido en la boca por la saliva algo líquida. La operación repítese varias veces y el *doctor* termina escupiendo con estrépito dos o tres veces sobre la parte doliente del enfermo.



Esta es la *pequeña cura* diaria.

Por la mañana, compré cincuenta cueros de venado y una cantidad de vasos interesantes. Como daba preferencia a los utensillos usados, me cayeron de todas partes una gran cantidad de ollas y platos grandes y chicos de todas las formas, algunos muy curiosos. Hube de rechazar gran parte por no saber cómo transportarlos.

Los ingleses aún no aparecen, pero se ve una columna de humo hacia la dirección desde la cual deberían llegar. No espero sino su llegada para cambiar campamento a un lugar propicio para la caza. Finalmente mando un *cachiveo* con dos Caduveos para que los alcancen y los guíen por buen camino.

Tuve la desgraciada idea de desmontar mi Marlin y ahora no logro reajustarlo. Si los ingleses no llegan para ayudarme en el complicado trabajo, quedaré desarmado para el resto del viaje.

He puesto en alcohol una lagartija.

Sábado, 24 de julio.

Esperamos siempre a los ingleses. Los dos hombres enviados en busca de los retardatarios vuelven de noche sin haberlos encontrado. No me agrada, porque esto me obliga a perder un tiempo precioso y me inquieta su suerte. Nada más fácil que perderse por el dédalo de dilataciones y praderas inundadas cuando no se tiene un guía práctico de los lugares. Por suerte, el tiempo es ahora espléndido y la fuerza del viento contrario a disminuído mucho. Tampoco tardará en cambiar de dirección y de hacerse favorable a la navegación. Lleguen o no mañana los ingleses, cambiaremos de residencia. Iremos a parar a una u otra isla cercana, en la que la caza es abundante.

Hoy tomé tres fotografías : una de la toldería, y dos de una esclava chamacoca con el cuerpo enteramente cubierto de dibujos muy interesantes ; la saqué de frente y de espaldas. Es la primera que ha consentido en dejarse retratar, ya veremos si las otras siguen su ejemplo. Para animarlas le hice un buen regalito de cuentas de vidrio. Luego presentáronse otras candidatas, pero tuve que demorarlas para el día siguiente porque debía cambiar las placas de los *chassis* durante la noche.

Domingo, 25 de julio.

Ayer tarde compré una interesantísima hachita de piedra proveniente del *Nalicche*. Teníala un Caduveo que la usaba en sus trabajos de herrero. Está en excelente estado de conservación.

Por la mañana partió para 14 de Mayo la expedición que mandé en



busca de nuevas provisiones. Mandé con ella 80 cueros de venado y 3 de ternero. Estará de vuelta dentro de cuatro o cinco días. La dirige *João*, hijo de *Cisco Teréno*. La madre lo saluda con un canto y baile de despedida y augurio.

He puesto en alcohol un pequeño animalito muy precioso, que sin duda pertenece a la numerosísima familia de los roedores.

*Ni*, que oigo a menudo antepuesto a ciertas palabras, parece ser el artículo *el, lo, la*, nuestro, por ejemplo: *ni-lêncio* «el pañuelo», «lêncio» es derivación portuguesa). Anotaré las palabras que oiga después, para asegurarme de lo que sería un muy interesante descubrimiento lingüístico.

*Dinóce*, significa roto, romper, hacer pedazos, desarticular, y por lo tanto: *dinóccolacchil* del *lattopéni*, significa propiamente «rompible, desarticulable», es decir, «fusil desarticulable». Es sorprendente esta coincidencia de la palabra caduvea, cuyas primeras cinco sílabas forman casi toda y hasta la parte integral de la palabra nuestra *dinocolato*, *dinocolare*, que tiene el mismo significado, por lo que el fusil de caza a retrocarga puede muy bien decirse que es *desarticulable*. ¿Habrán llegado nuestros toscanos antes que los españoles, y dejando esta huella de su tránsito? Si no los Toscanos ¿por qué no los Etruscos, cuando hay quien pretende hacer viajar a tierra americana a los Fenicios y Pelasgos? Una coincidencia vale la otra.

Como lo hemos resuelto, no esperamos más a los ingleses.

Si nos siguieron, ya nos alcanzarán, y si no, ¡hasta la vista! Cargado mi abundante bagaje, acrecentado con los cacharros que compré, después de esperar largo tiempo al Capitansiño y lejanos parientes de su noble familia, huéspedes de mi navecilla, partimos hacia el nuevo campamento como a las 10. La dirección del río Nabileque es siempre sur con mucha agua y de 4 a 8 metros de profundidad, pero a menudo se dilata por los llanos pastosos circundantes y está su curso interrumpido por las plantas acuáticas. Sobre el fondo de fina arena, a través de las aguas transparentes, se ve muchas sanguijuelas. Cazo un pato.

Hacia mediodía hacemos alto en una gran isla de bosque a la que llaman *capou* (bosquecillo) de *Tuyuyú*. Doy una vuelta por el bosque y mato dos *charatas* (*penelope*), que con dos frutos de *cocos de yatais* nos sirvieron de colación. Reservamos el pato para la tarde... pues de otro modo sería inevitable su reparto con mis compañeros de viaje y es muy poca cosa para tanta gente.

Apenas en tierra, cogí y puse en alcohol algunas hormigas coloradas de cabeza gruesa que transportaban grandes fragmentos de hojas a sus nidos subterráneos penetrando por grandes agujeros. Mientras camina-

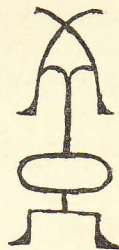


Fig. 4. — Marca de propiedad del Indio Caduveo Poconé.



ba, Dormeville puso en alcohol una pequeñita víbora gris claro con manchas negras. No pude encontrar hormigas rojas con alas, lo que me sucede a menudo, aunque mis búsquedas son diligentes. Al momento de partir, también puse en alcohol un hermoso lagarto.

El Nabileque continua al sur plegándose ligeramente al sureste y siempre bastante profundo y amplio; aunque frecuentemente se dobla, conserva aguas libres constantemente. A nuestra izquierda, a distancia variable entre uno a tres o cuatro kilómetros, corre ininterrumpida una línea de terreno alto, cubierta de un bosque ralo de *para-todos* que limita hacia el este las inundaciones. Hacia el oeste están los comunes terrenos bajos y la sucesión de islas boscosas más o menos altas y más o menos grandes. Llegamos cerca del ocaso. Siendo tarde, descendemos a tierra y acampamos fuera del bosque, sobre la pradera, dejando para mañana nuestro establecimiento definitivo y la edificación de nuestro *palacio*. Prendo fuego a las yerbas y las llamas iluminan de tal manera las plantas del contorno, atacando con luces desordenadas el fondo negro del cielo, que todo parece como un enorme negativo fotográfico.

Durante el día el viento no nos molestó mucho porque era débil, el tiempo es espléndido y la noche fresca.

Lunes, 26 de julio.

He transportado mi campamento un poco más al oeste, en la espesura del bosque, donde el terreno es más elevado y el lugar más bello. He abierto, por entre los arbustos que cubren la orilla del río, un corto camino hasta un gran tronco caído semi quemado, que avanza como cinco o seis metros por sobre el agua. Será un excelente muelle para nuestra canoa. Al limpiar las yerbas del camino, encontré una piedra de lápiz roja, usada evidentemente por los antiguos para obtener esa tinta roja tan en uso entre todas estas tribus indígenas, sea para teñirse el cuerpo, como para decorar sus cacharros. Una cantidad de conchas de caracol quemadas, esparcidas por todas partes a flor de tierra y de un espesor como de medio metro, me indicó que encontrábame en un lugar anteriormente habitado. Cavé un poco y encontré fragmentos de huesos y de tierra cocida, y entre estos uno con signos de ornamentación a cuerda. Son bastante groseros y se parecen a los encontrados el día 17.

Mucho antes de que cayese la tarde, quedó concluida nuestra casa. Mañana, con un ligero retoque, estará definitivamente terminada. Colocada en el punto más elevado del bosquecillo es, como este, completamente verde. Está compuesta de dos cuartos: uno abierto por tres lados, y el otro, el mayor, cerrado, menos en la mitad de uno de los lados con el que comunica con la parte anterior (fig. 5).

Nueve horquetas, la central de dos metros de alto y de uno y medio



las laterales, sostienen el techo de dos corrientes. Una décima horqueta (Φ) ayuda junto con el arbusto (X) a sostener una prolongación del techo bajo el que duermen los dos Chamacocos y Dormeville. El techo, que avanza bastante hacia ambos lados, casi toca la tierra y está formado de hojas de *yatais*, como así también las paredes del depósito. El *yatais*, o *yataís* como se pronuncia, es una planta utilísima para semejantes construcciones improvisadas; un techo bien hecho con sus hojas es impermeable y dura largo tiempo. Mañana tomaré una buena fotografía de mi nueva morada y así podré darme una mejor y más exacta idea.

No hay noticia de los ingleses. O les ha sucedido alguna desgracia — nada más fácil en estas regiones donde tanto abundan los jaguares — o han perdido el deseo de continuar, o se han extraviado.

Inútil agregar que estoy muy inquieto; mandaré una segunda expedición en su busca.

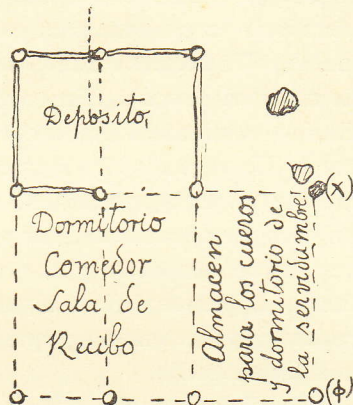


Fig. 5. — Planta de la casa construida por Boggiani entre los Caduveos

Martes 27 de julio.

Las provisiones van disminuyendo rápidamente. Si no vuelve pronto la canoa con los refuerzos pedidos, podríamos vernos reducidos a una mala situación. Por la mañana hice una gira por el bosque y, lo mismo que ayer, maté dos *charatas*. Es curioso lo flacas que son por aquí, mientras que las que cazamos al norte, varios días antes, estaban gordas; diferencia de alimentación, sin duda.

He puesto en alcohol algunas hormigas iguales a las que cogí anteriormente. Nada de alas. Deduzco que no es todavía la estación y que aún no les han nacido. Los nidos de estas hormigas se encuentran siempre en los troncos muertos y allí también encuéntranse siempre termitas, las que parecen vivir en buena compañía con las hormigas. He recogido algunas que puse en alcohol junto con las coinquilinas.

Vuelven Dormeville y los dos Chamacocos de la pesca: traen quince grandes y gordas palometas (1) (*pirái* en guaraní; *Pygorentus piraja* según el Diccionario de Ciencias, Letras y Artes, de Lessona y Valle; *Serrasalmus piraya* según otros; *Serrasalmus* de cualquier modo) y seis más que dieron al Capitansíño. Me avisan que sobre un árbol se ven al-

(1) En portugués, *piranha*.



gunos monos. Parto con *Lopulèi* a caza de estos monos, cuya carne me alaban como excelente. Al aproximarme al árbol en que estaban los cuadrumanos me pongo a tiro de cuatro *charatas*, que estaban afanadas alrededor de numerosos frutos de un *genipa* verdes aun. Mato tres que abandono en el suelo para correr hacia los monos que ha visto el Chamacoco. Un hermoso macho negro está acomodado en las altísimas ramas de un árbol enorme. Tiro con munición patera y le hiero sin matarlo. Herido, comienza a descender de rama en rama con agilidad extraordinaria. Un segundo tiro le vuelve menos ágil, pero no cae; con la cola y las cuatro patas se mantiene fuertemente asido a las ramas. Descansa un poco y emprende de nuevo su marcha aérea con gran fatiga. Un tercer tiro le incapacita para proseguir; se detiene un rato; le faltan las fuerzas... parece ebrio... abre las manos, se desliza, cae... pero la cola resiste aún fuertemente y queda colgado de una rama, asido con la extremidad de aquélla.

*Lopulèi* corta gruesas ramas de los arbustos cercanos y, con gran vigor e increíble destreza, las larga contra el moribundo péndolo animal, hasta que alcanzándole varias veces le hace caer al suelo. Aún no está muerto y exhala de cuando en cuando un sordo gruñido, pero un par de golpes en la cabeza lo acaban. Vuelto a buscar las *charatas*, no encuentro más que una. Las otras han desaparecido.

Los Caduveos, que vienen por tierra con caballos y bueyes, nos anuncian la llegadas de los que vienen por el agua.

Inesperadamente nos anuncian también la llegada del *Cangrejo*. ¡Menos mal! Se habían demorado tanto porque se desviaron un poco y recorrieron un trecho de camino mucho más al norte antes de entrar al Nabileque, y cansados, reposaron durante día y medio. También ellos están casi sin provisiones. Sin embargo, han cazado muchos monos y *charatas* por el camino y ayer mataron un *carpincho* del que han traído una mitad bien asada.

Lo probé, pero aunque a todos pareció muy bueno no pude tragar más que un bocado. Tiene un sabor fuertísimo e insoportable, para mí al menos, de sebo mezclado a otro olor especial nauseabundo. Prefiero mucho más el cocodrillo.

Los ingleses han plantado una tienda al lado de mi casa. Están cansadísimos y se sienten felices de haber llegado a un puerto cualquiera. El aviso de la llegada de nuevas provisiones los ha consolado un poco.

Miércoles 28 de julio.

Día de inacción y de expectativa. Dentro de un par de días deben regresar de Puerto 14 de Mayo los cuatro que fueron por nuevas provi-



siones. Ahora que están aquí, los ingleses nos ayudan con los últimos restos, y de uno u otro modo vamos adelante. Hoy hemos comido dos *aguti* (*Dasyprocta agouti*), llamados *cuttia* por los Caduveos, pequeños roedores del tamaño del conejo. Tienen mucha carne tierna, sabrosa y muy delicada.

Probablemente mañana podré comprar una vaca y tendremos carne para varios días. Por suerte no faltan los peces y nos son de gran ayuda.

Esta mañana tomé dos fotografías de mi casa; espero que saldrán buenas.

Por la tarde conduje a los ingleses a visitar al Capitansíño. Le hicieron algunos regalitos que le parecieron muy agradables. Mis compañeros de viaje quedaron muy sorprendidos de la habilidad artística de las mujeres caduveas. Les mostraron una manta adornada con cuentas de vidrio, recamada por la mujer del Capitansíño (la fotografiaré, pues no puedo comprarla), y algunos cinturones adornados con cuentas de vidrio que fueron admiradísimos.

La necesidad vuelve al hombre industrial. He logrado reajustar mi Marlin que ahora marcha perfectamente, aunque haya perdido el resorte que sirve para expeler los cartuchos vacíos. Es un pequeño inconveniente que no impide en nada el uso del arma, porque las cápsulas vacías salen igualmente con sólo dar vuelta hacia arriba la parte del arma que lleva la abertura correspondiente; de todos modos, esto es remediable. En Asunción hay buenos armeros para construir el pedazo que falta.

Jueves 29 de julio.

El Capitansíño, con toda su familia, nos ha devuelto esta mañana la visita. He querido fotografiar a una pequeña esclava suya muy bien adornada, con pinturas en la cara y en el cuerpo, pero no pude lograrlo por la estupidez de la muchacha.

El Capitansíño, como un gran señor, nos regaló carne de ternero, que llegó a propósito y fué muy de nuestro agrado. Nos dijo con mucha sencillez: « He visto que no teneis carne y he mandado matar este ternero para que la tengais hasta que lleguen las provisiones de 14 de Mayo ».

A la siesta hemos tenido otra visita interesante. Una pequeña esclava adornada con dibujos recientes se ha presentado voluntariamente para dejarme copiar parte de aquéllos, y vendrá mañana para hacerse retratar. No lo hice hoy porque era tarde. Le regalé un botecito con pomada olorosa para el cabello y le he prometido para mañana cuentas de vidrio. Estoy seguro de que después vendrán otras más.



Viernes 30 de julio.

Hoy compré una vaca por 25.000 reis (cerca de 20 libras al cambio del día) y la hice matar de inmediato; salando la carne reducida a lonjas sutiles, las que puse a secar al sol. Así tendremos provisión de carne para varios días. Ha venido la pequeña esclava para hacerse retratar, y he aprovechado para sacar cuatro placas de  $18 \times 24$ : de la figura entera, de frente y de perfil y de media figura, también de frente y de perfil. Espero un buen resultado porque el tiempo es magnífico. Sopla fuerte el viento norte.

El Capitansíño me ha comunicado un dato importante sobre los usos fúnebres de la tribu. Cuando muere alguno se le sepulta de inmediato. Diez días después remuévese la tierra y se extraen los huesos que en tan breve tiempo aparecen casi completamente despojados de carne. Una vez limpios se los junta y envueltos en esteras se los lleva al cementerio que está a unas leguas de distancia del Nabileque, sobre el camino que va al Retiro sobre el Nabileque, entre las montañas y en lugar solitario y escondido. Igual operación se ejecuta aunque la muerte ocurra lejos de la aldea durante las correrías de caza, y el saco de huesos es siempre llevado al cementerio, sea cualesquiera la distancia a que se encuentren. No sé si tienen más de un cementerio, pero creo que no. Probablemente visitaré esta *casa de los muertos* antes de regresar a 14 de Mayo. Fáltame por conocer las ceremonias que acompañan a la inhumación, pero no es difícil que llegue también a conocerlas. Sé que sobre la tumba erigen una especie de choza con techo de dos vertientes y con cubierta de palmas o de paja; colocan debajo vasos con agua, alimentos y algunos de los mejores ornamentos que pertenecieron al difunto, y acaso también sus armas.

Me avisan que se ve fuego cercano sobre el camino que deben recorrer los expedicionarios que mandé a Puerto 14 de Mayo; estarán, pues, mañana aquí y, naturalmente, serán los bienvenidos.

Sábado 31 de julio.

Hoy es un gran día. Han llegado de 14 de Mayo las provisiones pedidas y junto con ellas mi correspondencia postal. Resulta bastante curioso recibir por aquí cartas y diarios de Italia, en medio de selvas y campos incultos y desconocidos, y leer el *Sueño de una mañana de primavera*, por Gabriel D'Annunzio — escena final, en la *Tribuna*, de Roma — viviendo en una choza completamente verde, enterrada en la espesura de un bosque lujurioso de tonos del mismo color, y recibir el retrato de



Estela y de mis hijitos cuya vista me acerca a todo lo que hay de más querido en mis afectos.

Las nuevas provisiones, que han enriquecido nuestra mesa con algunos farináceos, han dado ánimo a los Caduveos para dedicarse a la caza de venado, que languidecía un poco. Tengo un barrilito de *pinga* (aguardiente) del que espero sacar, no ganancias, pero sí una compensación a los no indiferentes gastos y fatigas de esta expedición.

Una verdadera fortuna etnográfica fué hoy la compra de un hermosísimo arco caduveo auténtico, bien conservado, y de una flecha de igual procedencia. Estos objetos son hoy rarísimos. Las armas europeas han destruido a las indígenas.

Domingo 1º de agosto.

La *pinga* me ha dado la llave para obtener sujetos para mi máquina fotográfica. Hoy he obtenido cinco negativos interesantes, el último de los cuales me ha ocasionado, sin embargo, un daño no insignificante.

*Epallédi*, ya un poco alegre, presentóse con el cuerpo extrañamente pintado de blanco y fusil en mano para hacerse retratar. Tuve la desgraciada idea de cambiar esa arma por el arco y la flecha indígenas que compré ayer. Jugando con ellos, rompió la flecha cerca de las plumas. Me pesó, porque era un objeto muy raro y tal vez único. También pude copiar el dibujo del brazo de una esclava, paraguaya nativa y que había sido raptada pequeña durante la guerra del Paraguay. Algo más: hubo una que tuvo la paciencia de posar casi una hora como no lo hubiera hecho la mejor modelo, de manera que pude hacer un esbozo a lápiz interesante. Es un verdadero monstruo de fealdad, pero interesa por el modo cómo está pintada.

Hoy compré un hermoso cuero de tigre. Su propietario comenzó por pedirme mercaderías por un valor como de 130 liras y concluí por conseguirlo por 30 liras, que era su justo valor por aquí.

Esta mañana partió Dormeville con Miguel, el criado que acompaña a los ingleses, para una pequeña expedición de tres o cuatro días en busca de un fusil que habían olvidado en una parada que hicieron durante los últimos días de su viaje.

Lunes 2 de agosto.

Hoy he podido hacer una pequeña adquisición etnográfica, en realidad interesante: una cajita de caña cuya superficie exterior está cubierta de interesantes dibujos tallados.

Me trajeron una víbora *yarará* tan grande como no ví otra igual. No pudiendo conservarla íntegra por falta de recipientes, le saqué el cuero, dejando entera la cabeza y la cola, y la puse en alcohol. Además de la



cabeza, fuertemente triangular, tenía de particular la profunda encajadura de los ojos, los que estaban muy próximos el uno del otro y eran de una gran vivacidad y de aspecto ferocísimo. De un lado, el diente para el veneno es doble.

Hice cuatro retratos de una joven esclava chamacoca, cuyo cuerpo estaba muy bien adornado con dibujos hechos con increíble seguridad de rasgos.

Olvidé decir que la víbora era del sexo femenino, pues le sacamos 28 grandes huevos, y que sus escamas estaban llenas de ampollas de todo tamaño.

Mr. Johnson y Mr. Anderson se fueron a cazar. Estuvieron fuera todo el día. Vieron tres venados, muchísimas huellas de éstos y un tigre. Le erraron a un venado, prendieron fuego a las hierbas para espantar al tigre y esperarlo hacia la otra parte del bosquecillo (!!), en el que creían que se hubiera refugiado. Volvieron... con algunos pescados, dos *charatas* y... las pipas en los bolsillos.

Martes 3 de agosto.

Nuestro campamento toma, de día en día, un aspecto cada vez más interesante. Hoy he fabricado una mesa y dos bancos bastante grandes para que podamos sentarnos nosotros cuatro (yo y los tres ingleses); nada más cómodo después de tantos días que nos sentábamos en la tierra.

Adornan mi casa, pendientes de las ramas de los arbustos que la recubren y como estandartes de valor, tres cueros de jaguar que hoy he comprado.

También he comprado un hermosísimo plato de tierra cocida, adornado de abalorios. Es uno de los más bellos objetos de mi nueva colección.

Comienzan a florecer numerosos *lapachos*. Quien no ha visto esta floración aquí donde abundan, no puede formarse una idea de la maravillosa belleza de este espectáculo. Es una fiesta inenarrable de tiernos colores, de finuras delicadísimas. Las diferentes gamas rosadas de los grandes árboles florecidos y aún sin hojas, se esfuman en el gris perla del cielo con una dulzura que no se describe.

*Iuid* es pronombre de tercera persona singular en lengua chamacoca. ¡He necesitado tiempo para llegar a este descubrimiento! Pero, finalmente, lo tengo ahora por seguro.

Miércoles 4 de agosto.

Buen día el de hoy, tanto para la etnografía como para la fotoantropología. He aumentado con una buena cantidad de palabras el vocabulario caduveo y, finalmente, he podido sacar unas fotografías de una auténtica Caduvea y de las más interesantes: la mujer del amigo Juan-



siño. Compré también otros buenos ejemplares de vasos y, por último, hice un esbozo a lápiz de una simpática y pequeña esclava con el cuerpo adornado de dibujos. También tuvo la paciencia de posar cerca de una hora, haciéndome un señalado servicio, porque pude hacer un dibujo interesante y bastante bien logrado. Desgraciadamente lo comencé demasiado arriba y no pude hacer caber toda la cabeza. Pero hice lo más importante.

Ya de noche, volvieron Miguel y Dormeville. Encontraron el fusil pero no un remo, que también habían perdido. Mataron un venado y vieron muchos otros, ¡hasta siete de una vez!

Jueves 5 de agosto.

*Nattínigo-i èyígo iollèttibighè otticániga lolládogo.*

Mañana yo voy despellejar ciervo cuero.

«Mañana yo iré cazar ciervos.» Teniendo la caza del ciervo por principal objeto conseguir el cuero de dicho animal, es muy natural que los Caduveos digan que van a despellejar ciervos.

*èyígo nattínigo iddátaccchinníra iollèttibighè otticániga lolládogo*  
Yo iré, yo voy mañana nosotros todos iremos despellejar ciervos cuero

*iddátta. Yirígótte Nařoládi unēloádit otticániga.*  
nosotros todos. El va despellejar ciervo.

*Nařoládi* es uno de los nombres indígenas del Capitansíño. Como tengo una libreta especial para la lengua caduvea, en lo sucesivo no anotaré más aquí los vocablos y las frases que fuere recogiendo, a menos que se tratara de observaciones especiales.

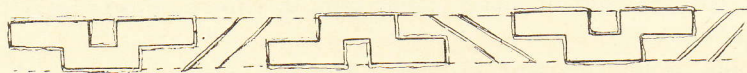
He fotografiado una espléndida colcha adornada de abalorios y que está trabajando la mujer de Juansíño. Tiene las siguientes dimensiones: ancho 1,10 por 1,75 metros de largo. Aún no está terminada porque debe ser completamente cubierta de volutas (1) como la parte que está ya concluída; pero, asimismo, es hermosísima. La tela es de bayeta de lana roja escarlata. En el centro lleva una placa redonda de plata con adornos en relieve, proveniente de una moneda batida a frío con martillo, y los adornos se han hecho al repujado. La circundan, en círculos concéntricos, tres filas de abalorios azules, otras tres blancos, y de nuevo otras tres azules. Del centro parte una faja divisoria de losanjes a colores alternos azul, blanco y rosado, con el centro color celeste; los abalorios de la faja están dispuestos en retícula. De un lado y otro, parten simétricamente numerosos repliegues con una sola fila de abalorios blancos y azules, dispuestos así:



(1) *Volute.*



Las orlas son de tres dimensiones. La superior, de cuatro hilos de abalorios blancos y azules dispuestos simétricamente en triángulos o líneas de colores contrapuestos; las laterales, que son menores, con el mismo dibujo y colores, pero de tres filas solamente; y la inferior, de ocho filas, en el siguiente dibujo en azul sobre fondo blanco



Esta cubierta, como la del Capitansíño, forma parte de un vestuario femenino de gran parada, que se adapta al cuerpo con esas telas blancas de las que van vestidas por lo común las mujeres (ver fotografías).

De otra cantidad de vocablos, además de los indicados arriba y que había preparado provisoriamente desde mi partida de 14 de Mayo, ayer he podido tener la exacta traducción caduvea, y encuéntranse marcados desde la página 45 hasta el final de la página 48 del cuaderno III (11 de mayo-25 de agosto de 1897). Con ellos obtuve casi la colección entera de los vocablos contenidos en los vocabularios recogidos por varios autores y que he reunido en apéndice en mi obra *I Caduvei*, edición grande de 1895. Muchas dudas quedan aclaradas; y por lo que respecta a la pronunciación, a la ortografía y a los acentos, tengo la satisfacción de haber constatado que casi siempre dí en el blanco.

Creo, además, haber descubierto en qué consisten las tales diferencias observadas en ciertos vocablos, según sean dichos por mujeres o por hombres. Dependen aquéllas del *género* a que se refieren y tales diferencias las tenemos también nosotros en nuestros idiomas europeos. Entre aquellos vocablos está incluída, indudablemente, alguna partícula pronominal o un sufijo o prefijo que se refiere a la persona que habla; es natural entonces que exista alguna diferencia, según se trate del masculino o del femenino. ¿Acaso nuestras mujeres no dicen: *io sono andata*, mientras los hombres dicen: *io sono andato*? El ejemplo caduvéa que he recogido ayer no desmiente mi opinión: «me marché a casa», lo traducen los hombres, por *èyíco iřèládi*; las mujeres dicen *èyíco iřèaládi*. Esa *a* que le agregan debe ser la determinación del género a que pertenece el posesivo, que ciertamente está contenido en el vocablo.

Un venado ha tenido la infeliz idea de refugiarse en nuestro bosquecillo. Lo atravesé de parte a parte con una bala de mi carabina. Hemos almorzado su carne, que es excelente, y de la que aún nos queda para mañana.

He puesto en alcohol un hermosísimo saurio espinoso, curiosamente rico de colores. Tiene las escamas teñidas de rojo, de azul, de gris, de pardo, de rubio, de negro y de verde, y los labios de un hermoso color verde de hoja viva. A los lados del cuello, hacia arriba, algo entre los lomos, tiene dos fuertes rayas negras.



Sobre el cuero del venado he cogido una curiosa y pequeña garrapata alada. En el mismo tubito, entre otros insectos hay uno muy original: es un montoncito de ligeros cuerpos extraños que el insecto, escondido debajo, lleva sobre el lomo como los caracoles su concha. No lo habría considerado como un insecto si no lo hubiese visto moverse y caminar. Lo puse entre algodones para poder encontrarlo fácilmente y que no fuera a perderse. El tubito que lleva insectos cogidos en el lugar que ocupamos, tiene una etiqueta con el número puesto al margen.

Viernes, 6 de agosto.

Esta mañana partieron muchos cazadores en varias direcciones. Estarán ausentes cuatro o cinco días. A su regreso daré por terminados mis asuntos y comenzaré mi viaje de vuelta por el Nabileque abajo.

Cuando ya no lo esperaba, uno de los más hermosos y puros tipos de Caduveo se ha dejado retratar. Puse de fondo un lindo cuero de tigre muerto por aquél y lo retraté de frente y de perfil, de media figura, en una placa  $18 \times 24$ . Se llama *Unèddiáno* y tendrá de treinta a treinta y cinco años; más tarde ha traído a la mujer para hacerla retratar, tipo interesante de Caduvea, sin ser bella. El cuerpo y la cara estaban recién pintados, de modo que espero una bien lograda fotografía. La pintura de la cara, que difiere de las otras ya reproducidas, es muy característica, particularmente en lo que se relaciona con la imitación estilizada de las cejas y de los labios. Curiosa y típica es la forma de los senos que se ven bien, especialmente de perfil.

Antes escaseaban los modelos; ahora abundan. En vista de que regalo a todo *cliente* generosamente para obtener el favor de una *pose*, las mujeres se apresuran a cubrir su piel con bellos y nuevos dibujos para atraer mi atención. Hoy ha venido otra esclava chamacoca a retratarse. Es hermana de aquel *Nepótio* que me acompañó en mi primera caza de tigres. Se le asemeja mucho. He empleado la última placa  $18 \times 24$ . Me quedan únicamente 21 placas  $13 \times 18$ , que espero llevar usadas a 14 de Mayo. Debo aún tomar algunas vistas de paisajes, para lo que emplearé una media docena de placas. Por ahora, lo más importante y difícil está hecho: tengo una buena colección de tipos y de ornamentos pintados. Veremos qué resultado dará el desarrollo.

Sábado, 7 de agosto.

Día de reposo, pero no perdido. No una esclava, sino una dama de la alta aristocracia caduvea se ha dignado dejarse retratar. Es una de las más bellas y jóvenes — tendrá veinte años — y es mujer de *João*, hijo



de *Cisco Teréno*. He asistido a su matrimonio, el año 92, en el *Naliche*, y lo he descrito en mi libro *I Cadurei*, página 174 y el último párrafo de la página 185. Vive ahora con la familia de *João*. Primero se mostró despreciativa; pero después quitóse resueltamente de la boca la mascada de tabaco y sentóse frente a mí, dejándome que dibujase a lápiz una cabeza muy bien lograda con relación a lo que debe servir y de gran parecido. La ornamentación pintada sobre el rostro es de las mas raras y finísimamente ejecutada; mirándola me vienen a la memoria las palabras de Schmidel... *hominis pinti sunt... Fæminæ pictæ sunt... tam artificiose, ut non facile apud nostros pictores invenire possis, qui artem istam imitare possit*. Nada mas exacto y nada justifica mejor esa advertencia.

Sin embargo, estas riquezas me cuestan algo caras: únicamente pude vencer su recelo con mucha generosidad de mi parte. Cuatro metros de algodón, que valen casi cuatro liras, son la compensación merecida de tanta cortesía. Pero ¿qué son cuatro liras en comparación del resultado? Querría hacer una docena de retratos semejantes antes de volver a Puerto 14 de Mayo, pero no me será posible.

Domingo, 8 de agosto.

Las más interesantes mujeres de la tribu van llegando una por una para retratarse. Por la mañana, presentóse una bellísima señorita, gracil, alta y flexible como una visión de Sandro Botticelli. Estaba completamente adornada con los más curiosos y graciosísimos dibujos. Recién hechos y con suma maestría, quedaban bien sobre la clara encarnadura. Y como el sol estaba claro y vibrante, y las placas eran buenas y rápidas, tengo la esperanza de haber logrado cuatro buenos retratos instantáneos. No veo la hora de regresar a Puerto 14 de Mayo para comenzar la revelación.

Mañana voy de caza con el Capitansiño.

Lunes, 9 de agosto.

*Igniudígodit*, *iniudígodo*, es la forma cortés y afectuosa de saludo, de respeto, de agradecimiento. La primera se dirige a persona de sexo masculino; la segunda a persona de sexo femenino, siendo la palabra impersonal simple: *igniudígo*. La *i* de *gniu* es casi imperceptible, de modo que se podría escribir simplemente *gnu*. La terminación *dit* para el masculino y *do* para el femenino corresponden perfectamente a la de otras palabras. Así, padre termina en *dit*: *iódit* y madre en *do*: *iódo*.

Mi partida de caza se esfumó, por que no pudimos tomar las cabalga-



duras. Será para otra vez. He puesto en alcohol algunos batracios pequeños que encontré apartando un grueso tronco de árbol caído que conservaba un poco de humedad en su parte central.

He obtenido para el vocabulario dos palabras interesantes y que no fué fácil obtener. *Luz* (de fuego o de sol) y *llama*: *nolléd* o *allig're*

*ièllròttibighè nolléd-i-l'òttoále.*

luz                      fuego                      llama.

La *i* central no es más que un comodín para la pronunciación entre dos consonantes, la segunda de las cuales, la *r* es de pronunciación difícil.

Martes, 10 de agosto.

Hoy ha vuelto Dormeville pero tuvo poca suerte. Sólo pudieron cazar dos venados. Me trae, en cambio la buena noticia que el Nabileque tiene mucha agua libre de obstáculos de plantas acuáticas. Como debo bajarlo casi hasta su desembocadura, la nueva me alegra mucho después de todo lo que hemos pasado en el *Alè'ccan-agiáccol*, a nuestra venida.

Miércoles, 11 de agosto.

Han comenzado a regresar los cazadores. Una partida de nueve, capitaneada por Juansíño, en sólo cuatro días ha recogido ciento dos cueros de venado. Eligieron la localidad cercana al *Auímme'ra*. Mañana volverán seguramente los otros. Si fueran igualmente afortunados, podré juntar una buena partida de cueros y por esta vez el negocio no será tan desastroso como lo fué en 1892.

En estos días hemos tenido la visita del padre y de los hermanos de Dormeville. Don Pedro de Souza Benavides, es un viejo pícaro, viejo cazador de tigres... y ladrón de ganado. Toda su familia, que es numerosa, se le parece dignamente,

Apenas hubimos llegado al lugar en que encontramos a los Caduveos, Dormeville mandó a *Cisco Teréno* hasta Coimbra con una carta para el padre, el que vino hace unos días en una piragua, con el pretexto de cazar venados y tigres. Pero mucho temo que haya venido por otros motivos que todavía no he podido descubrir. A él y a Dermoville les creo capaces de todo... Tal vez más tarde sepa algo.

De todos modos, volviéronse a Coimbra sin haber cazado nada, o casi nada: sólo cuatro venados.

Jueves, 12 de agosto.

Durante toda la noche, estos endemoniados Caduveos han vaciado mis bolsillos, trayéndome cueros y pidiéndome siempre más *pinga*. En la



toldería reina una animación extraordinaria; los cantos y la charla sucedense sin interrupción y seguramente continuarán así toda la noche.

Los ingleses han recogido la tienda y partido hoy como a las 15,30 horas. Habían resuelto quedarse diez días más después de mi partida, con objeto de cazar, y hoy debían partir para Puerto 14 de Mayo Mr. Johnson con Miguel, Dormeville y dos Caduveos prácticos del camino más breve, con el fin de munirse de provisiones, cuando a última hora, el Caduveo que por diez escudos debía servirles de guía, alzó sus pretensiones hasta veinticinco y con la condición de partir mañana. Por lo que indignados de este irregular proceder, desistieron del primitivo proyecto y resolvieron partir definitivamente solos, río Nabileque abajo, dirigiéndose al río Paraguay y de allí a Puerto 14 de Mayo. El Nabileque, desde aquí hasta su desembocadura está libre y tiene mucha agua; luego no hay peligro de que pierdan el camino. El viento norte que domina, les será favorable hasta el Paraguay y los favorecerá también la corriente; con escasa fatiga llegarán al gran río. Les he dado una carta de recomendación para el coronel Bargas, comandante del Fuerte Olimpo, para el caso en que debieran hacer escala en en ese punto si tuvieran fuerte viento contrario al llegar al Paraguay que les impidiese remontarlo hasta 14 de Mayo. Quedo, pues, sólo con los dos Chamacocos. Sobre Dormeville no cuento porque es muy presuntuoso y quiere hacer pesar demasiado sus servicios no requeridos; más bien deseo no tenerlo como compañero durante el regreso. En caso extremo, me bastaré con mis dos Chamacocos.

Llegado al río Paraguay, si no encuentro viento del sur para remontarlo a vela — pues con sólo dos hombres no es posible remontarlo a remo — descenderé hasta fuerte Olimpo para aguardar cualquier remolque.

No me desagrada un poco de tranquilidad y soledad. La ausencia de los ingleses ha reducido a término mínimo la población de mi campamento. He quedado sólo con los dos Chamacocos, los que no teniendo nada que hacer se han tendido panza al aire a la sombra y han dormido toda la tarde.

Los Caduveos, repletos de *pinga* hasta los ojos y después de haber aturdido toda la noche hasta medio día, se han callado y han pasado el resto del día en digerir, durmiendo, el líquido de fuego que bebieron.

El silencio y la tranquilidad no han sido interrumpidas después si no por una bandada de pájaros que se ha dado cita en la fronda de un árbol vecino, y que alegraron mis oídos con uno de los conciertos más dulces y armoniosos. Cada hora es marcada aquí con un canto nuevo de nuevos pájaros, de los que podría hacerse una riquísima colección. A los cantos alegres y frecuentes del día, suceden más tarde los tristes de la noche. Es un encanto interminable, o para decirlo mejor, que no tendría fin si no lo interrumpiese la presencia del hombre.



¡ Cuántas cosas vienen a nuestra mente cuando nos encontramos así en un mundo tan diferente de aquel en que hemos nacido, en el que hemos vivido y en el que tal vez estemos destinados a vivir ! ¡ Cuantos recuerdos agradables, cuántos deseos que se sucedieron vertiginosamente, tan diferentes los unos de los otros, toman cuerpo, cual visiones maravillosas de una vida siempre soñada que parece segura y próxima a realizarse, y que quizá, ay, no se vislumbra ni remota ! ¡ Y los antiguos dolores y las recientes amarguras vuelven resquemantes al alma como freno demasiado cruel para su divagar por los campos del ideal ! La soledad produce los mismos efectos que el abismo : asusta y atrae al mismo tiempo ; el reposo es imposible porque queda a la mente demasiado tiempo para descansar y pensar. Precisaríase olvidar primero, para no continuar sufriendo en la meditación espontánea e involuntaria.

Ha caído la tarde ; el breve crepúsculo de los trópicos ha dejado sin color a las cosas que me circundan. Únicamente brilla, pues la llama del hogar ya se apagó, la lucecita de la modesta linterna de hojalata y de cuatro caras de vidrio que me alumbra mientras escribo. Su luz es tan débil que no alcanza a llegar hasta los próximos árboles que se destacan en negro fondo sobre el gris perláceo cada vez más pálido del cielo.

Alrededor croan las ranas y chillan los grillos con ritmo continuo, extrañamente regular, y a través de las plantas me llegan debilmente las voces de los niños y de las mujeres del campamento caduveo, que están velando con las melancólicas cuatro notas discordantes de una flauta de caña, monótonas e interrumpidas a menudo.

El aire es tranquilo y suave...

¡ Pobre mamá ! ¿ Por qué nos dejaste tan temprano ? Aunque lejos de tu regazo, madre mía, eres el centro donde convergen todos mis ideales, todos mis deseos ; tus cartas frecuentes me acompañaron siempre por estas soledades a las que me trajeron mi propio deseo o la fuerza de los sucesos. Ahora, ya no es lo mismo... ; nadie podría colmar el vacío inmenso que dejaste a mi alrededor ! ¡ Oh, que horror, cómo me oprime el recuerdo de esa estrecha tumba, en la que delante de mis ojos te encerraron, allí, en el pequeño cementerio de nuestra Streza !... ; Lloro !...

Uno de mis Chamacocos, *Lopulèi*, llegó y sentóse frente a mí ; me ve escribir y llorar, pero en verdad no se imagina la razón... En mi caso, él cantaría para aplacar el Espíritu de la Muerta. Yo, en cambio, callo, ¡ mi dolor no tiene desahogo, es más cruel !

Y vosotros, venecianos, ¿ por qué habeis venido a atormentar más aún mi pobre existencia con vuestras innobles venganzas ? ¡ Habeis elegido bien el momento ! Careciendo de motivos habeis aprovechado mi alejamiento para desfogar vuestras iras contra quién obró lealmente como gentilhombre y quizo oponerse a vuestras miras egoistas. Pero tal vez



no tenga que verme siempre atado a la necesidad, ni que estar tan lejos de vosotros. Volveré, creedlo, y si ya no lo hubieran hecho los tribunales, tomaré otra venganza más noble. ¡ Esperadme ! ¡ Esperadme ! ¡ No he muerto todavía, y si acaso no lo creyereis, estad seguros que resucitaré el día menos pensado para abofetearos la cara !...

Pero volvamos al Nabileque. En este momento vuelve la otra partida de cazadores. Mataron un enorme jaguar y algunos venados. Tal vez no quieran esperar hasta mañana y dejarme en paz durante el resto de la noche. ¡ Paciencia, será una distracción en mis tristezas !

Viernes, 13 de agosto.

¡ Desgraciada fecha ! ¡ Viernes y 13 ! ¡ Si algo me sucediera, habría que echarlo a cuenta del día y del número fatal ! Ayer tarde, o mejor dicho, ayer noche, después que me acosté a dormir y, tal como lo preveí, los cazadores que habían regresado, vinieron a mi asalto. Las negociaciones, por suerte, no fueron largas ni difíciles. El gran cuero de tigre, bien pagado — casi cincuenta liras — fué mío con varios otros cueros de venado. Después no me molestaron más hasta esta mañana, en que comenzaron a llegar otros cueros. Mis compras llegan ahora a término. No espero para partir, si no que sequen bien los cueros húmedos recién comprados. Dos o tres días más y todo estará listo. Dada la duración del viaje, más allá de nuestra previsión, no hay grandes ganancias, pero tampoco pérdidas, del lado comercial. En cuanto a la parte geográfico-etnográfica los resultados son por esta vez bastante buenos y de no escasa importancia ; si todas las fotografías que he tomado salen bien, esta sola colección tendrá un valor apreciable. No valdrá solamente para conservar el tipo de una tribu histórica y etnográficamente de las más interesantes y que está en vísperas de extinguirse totalmente, sino que conservará también la memoria documentada de las extraordinarias aptitudes artísticas para el arte ornamental, que la distingue de modo especialísimo de entre todas las tribus indígenas de la América del sur, y acaso también de entre todas aquellas en igual grado de civilización del mundo entero.

Visité la toldería porque me dijeron que estaba gravemente enfermo un Chamacoco al que un tigre había lastimado. Lo encontré, en efecto, con altísima fiebre. Mientras por el extremo de un tupido bosque buscaba a la fiera, aquella le había caído encima de improviso y cogido un brazo, que traspasó de parte a parte con las zarpas, destrozándole una mano con las uñas. Mal curado, o por mejor decirlo, no curado, las heridas habían cerrado durante una fuerte supuración y el pobre sufría horriblemente. Una vieja harpía estaba apretándole las partes hinchadas



y le aumentaba inútilmente los sufrimientos. Hice cesar el extraño masaje y dije que era preciso reabrir las heridas para sacar el pus, lavarlas y curarlas de otro modo. Lo dejé un momento para ir a traer el bisturí y algodón fenicado.

Cuando volví, encontré de nuevo a la harpía ocupada en continuar su estúpida cura, habiéndole practicado, además, fuertes ligaduras arriba de las heridas con el propósito de que la hinchazón y el mal no pasasen más allá (!); es el remedio común para toda clase de males entre esta gente. Me encolericé y ordené que cesara de nuevo aquel destrozo. La vieja me miró con aire de burla y asombro, pero cesó por el momento. Entonces, hice preguntas al viejo herido, explicándole lo que le haría y asegurándole que sanaría pronto. Contra todo lo que esperaba, pudo más la costumbre que la razón y me contestó que nada quería saber. Nadie se interpuso para persuadirlo, tanta es la indiferencia con que miran las cosas de la vida y procuran razonar. Me indigné y le dije que cuando estuviera peor y por morir, me mandara a llamar y que entonces acudiría a curarlo; y que, si tal vez no fuera demasiado tarde, me haría pagar caro y salado, mientras que ahora lo habría curado por nada. Y me fuí, dejándole en las garras de la harpía y bajo la protección de un bastoncillo del cual cuelgan varios plumerillos de plumas amarillas y oscuras, que para conjurar el espíritu maligno le habían puesto sobre la cabeza. No he sabido más de todo esto.

Encontré un artículo indeterminado *u*, además del artículo determinado *ni*. El numeral *ninite* (uno) parece tener una doble determinación articular.

Esta tarde, cuando menos lo esperaba, tuve el desagrado de verme insultado y calumniado, y casi desafiado, por uno de los mejores de la tribu, *Cisco Teréno*. Tuve, por suerte, mucha paciencia y mucha prudencia, evitando un conflicto que pudo tener tristes consecuencias. Estaba presente Dormeville y le noté una actitud muy reservada y ambigua... *Cisco Teréno*, que estaba algo borracho y por lo cual no hice mucho caso de lo que dijo, después de decir muchas tonterías de poca monta, agregó que ya se sabía que yo estaba pagado por los Malheiros, que habían recibido en compensación cinco contos de reis (como cinco mil liras al cambio de hoy), para traicionar a los Caduveos y engañarles trayéndoles a un acuerdo con aquellos enemigos que les perseguían desde hacía mucho tiempo, acuerdo ficticio al que seguiría una carnicería general. Pero que ellos sabían bien a qué atenerse y que él era hombre que si lo buscaban lo encontrarían, etc., etc., como si quisiera animarme para que le contestara y entrar en lucha con él... No perdí la calma, por suerte, y llevé largo rato pensando las cosas, hasta que vinieron sus mujeres a buscarlo y lo llevaron fuera. Dormeville nada dijo durante todo este tiempo, ni se interpuso como amigo particular de *Cisco* para hacerle



comprender cuánto se equivocaba. Si al principio me era antipático, ahora me resulta sospechoso: es muy capaz de maquinar algún maleficio en mi daño.

Mandé llamar inmediatamente al Capitansiño y a Juansiño, como principales de la tribu, y les conté todo lo ocurrido haciéndoles un discursito conmovedor y observando que, si yo hubiera sido un traidor, no habría traído pólvora y balas para sus armas y otros medios de subsistencia, sino que habría continuado dejándolos privados de tantos recursos necesarios para su defensa.

Cisco recibirá una censura y una prevención; si se porta mal, será expulsado de la tribu. Por mi parte puedo estar tranquilo de que no volveré a ser molestado en lo futuro.

Discurriendo entre estas y otras cosas, he podido verificar una costumbre muy laudable entre los Caduveos. Los que demuestran no saberse emborrachar *decente y tranquilamente*, son expulsados de la comunidad. Basta para ello una orden del Capitansiño.

¡Viernes y 13! Mal número y desgraciado día, dirán los supersticiosos, porque he pasado un mal momento. Lo que no me impide dormir tranquilo toda la noche... ¡con un ojo solo!

Sábado, 14 de agosto.

*Èlliódo*, mucho; *èllódo*, grande, grueso.

La única diferencia consiste en la *i*. Esta lengua tiene coincidencias muy interesantes y sus vocablos parecen contruídos con grande y mucha lógica.

Mis asuntos comerciales pueden darse por terminados. Sin embargo, compré, con los 80 ya enviados a Puerto 14 de Mayo, cerca de 280 cueros de venado, cuatro de jaguar y algunos de vaca. No es un resultado extraordinario, pero es bueno. Los Caduveos, según lo he observado en más de una ocasión, han hecho lo posible para que yo quedase contento de mi viaje, y tengo todas las razones para estarlo. Su empeño fundábase en agotar las mercaderías — pocas y no muy ricas, en verdad — que traje hasta aquí; y, de hecho, no me ha quedado sino una cantidad insignificante. Hoy por la tarde abandonaron el campamento en dirección al *Auímm<sup>a</sup>eña*, donde la caza del venado ha dado buenos resultados a Juansiño y compañía. Quedarán allí hasta reunir una buena cantidad de cueros y después vendrán, según dicen, a visitarme en Puerto 14 de Mayo.

He quedado, pues, más solo aún que ayer.

Como el tiempo se descompuso y llovió un poco, los cueros no están aún bien secos ni en estado de ser transportados. Debo quedarme un día más. Por suerte el día se anuncia bueno y podré partir pasado mañana.

Han quedado conmigo, además de los dos Chamacocos, dos Caduveos:



*Usciéne*, al que llaman *Carciádo*, y *Lallóric*, al que llaman José, que son prácticos del terreno, y me guiarán desde el Morinho abajo para salir al río Paraguay, mucho más al norte de la desembocadura del Nabileque, cerca de Puerto Leda, de manera que economizaremos un buen trecho de camino y evitaremos la fuerte corriente del río Paraguay en toda aquella parte comprendida entre la desembocadura del Nabileque y Puerto Leda, que calculo en no menos de 12 leguas (cerca de 48 kilómetros).

Terminado el asunto de los cueros continué con el etnográfico. He comprado una cantidad de husos, algodón en bruto, cardado o hilado, y a última hora compré un cuero de vaca de poco menos de un metro y medio cuadrado de superficie, que sirve de estera para dormir en el suelo y para reparo de la humedad. De un lado está completamente pintado con adornos en negro (con jugo de *genipap*) sobre el fondo blanquizco de la piel. Es un objeto raro; nunca vi otro igual.



Fig. 6. — Marcas de propiedad de los Caduveos. La primera a la izquierda es de *Nippána*.

He comenzado a preparar los bagajes. Tengo dos cajas y un barril llenos con vasos, pero aún quedan fuera una buena cantidad. Esta colección de vasos es de una importancia excepcional; además de contar con ejemplares bellísimos, tiene el mérito de estar compuesta, casi en su totalidad, de vasos usados. Es bastante numerosa y completa. A la que cedí al Museo etnográfico de Roma, faltábanle precisamente las ollas para cocinar alimentos y casi del todo los vasos para el agua.

Domingo, 15 de agosto.

Ayer tarde, mis dos Chamacocos pidiéronme permiso para juntarse con los Caduveos y pasar con ellos la noche, prometiéndome que regresarían puntualmente por la mañana. Sabían que los Caduveos no acamparían muy lejos. Objeto de esta gira nocturna... *cherchez la femme!* Consentí, pero con la condición de que no se hicieran esperar mucho. No viéndolos regresar por la mañana y temiendo una deserción de su parte que me habría ocasionado un serio embarazo, me encaminé por el sendero que lleva a los campos, resuelto a llegar también al campamento de los Caduveos si no encontraba por el camino a los dos Chamacocos. Detrás del bosquecillo se extiende una inmensa llanura pastosa. Al principio el sendero tiene una dirección sureste, pero pronto se vuelve al este, y después de una plantación de *para todos*, llega a un gran palmar. El aspecto y la clase de estos terrenos son completamente semejantes a los del Cha-



co. Un incendio reciente ha quemado el palmar, de modo que todo parece seco. Nada más triste. Pero, cuando venga la estación de las lluvias, las hojas nuevas no tardarán en reverdecer; y las hierbas, que dentro de pocos días comenzarán a revivir, crecerán exhuberantes y volverán los numerosos hervíboros que ahora pacen en otra parte.

Más allá del palmar se abre una pradera probablemente inundada y por todas partes se ven extensísimos bosques que la compenetran y limitan en torno al horizonte. El agua no me llega a la rodilla. Al otro lado, hacia el este, adonde se dirige el sendero, vi surgir una pequeña colina azul y al dar unos pasos más vi a mis dos compañeros que venían, los que por cierto no esperaban encontrarme en aquel lugar.

Dijéronme que los Caduveos estaban acampados al pie de aquella colina y proseguirían por el *Auímm<sup>a</sup>era* hoy y mañana.

Vueltos a nuestra cabaña, comenzamos el difícil trabajo de acomodar los cueros. Los de venado, por sí solos, alcanzan a más de doscientos; a seis los de tigre, entre grandes y pequeños; otros tantos de vaca, de mono negro y otros de poca o ninguna cuenta.

El bagaje está completamente listo y mañana lo cargaremos fácilmente y sin dificultad. El tiempo es hoy espléndido y un buen sol ha secado los cueros que aún no lo estaban completamente. Sopla con fuerza viento norte y espero que mañana soplará más fuerte todavía, por lo que deberemos trabajar mucho con la pala, pues con la carga no podemos emplear los remos y la vela nos empujará hacia el sur, en cuya dirección corre el río Nabileque hasta el río Paraguay, con poca variación hacia el oeste.

Tenemos abundante provisión de carne fresca. *Lallórie* mató una ternera de mi propiedad. Propiedad muy reciente, es cierto, porque data de muy pocos días, como que es uno de los numerosos animales *alzados* (así se llama a los que no tienen marca y han nacido en los campos fuera de los límites de las *estancias* y de la vigilancia de los estancieros). Días antes la cogí al romano y le puse inmediatamente mi propia marca; pero hoy, para tomarla, tuve que pegarle un tiro.

La he comprado por 20.000 reis, y su carne, seca y debidamente salada, nos servirá durante todo el viaje.

He puesto en alcohol algunos insectos.



III

El regreso

EL RÍO NABILEQUE Y EL RÍO PARAGUAY

Lunes, 16 de agosto.

Nos ponemos a trabajar antes del alba. La vieja canoa gime bajo la carga inusitada y, por desgracia, hace más agua de la que convendría. Tendremos, pues, el trabajo de *bombear*. El viento nos favorece; es fuerte y del norte. El río se dirige al sur, plegándose un poco al este. Salvo en algunos recodos, cortos por suerte, que hace hacia el noroeste o noreste nos permite usar la vela casi siempre, y muy a menudo cortamos a través de las praderas inundadas, acortando de este modo nuestro camino. Navegamos todo el día, sin detenernos más que a las 16 horas en que llegamos al pie de una pequeña isla boscosa, que es la primera estribación de un grupo que viene del *Appac̃i*, donde bajamos un momento a tierra para cortar un *nammocól̃li* (coco). Me pongo inmediatamente a alzar las piedras, que por montones componen la colina, y encuentro una arañita negra, una colonia de termitas de cuerpo gris y cabeza blanca, y tengo además la suerte de coger a uno de los guardianes que son extraordinariamente ligeros y muy difíciles de cazar. Estas termitas son abundantísimas, las había debajo de casi todas las piedras.

Partimos después de breve descanso y girando un poco al sureste del grupo de colinas y a través de una inmensa pradera inundada, fuimos a plantar nuestras tiendas (léase mosquiteros) en tierra firme, en la que el fuego había pasado hacía poco y donde no quedaban en pie más que los *para todos*.

Comemos de los alimentos preparados desde ayer y cocinamos lo que deberemos comer mañana; así no perdemos tiempo para seguir camino.

El *Appac̃i* surge frente a nosotros y el fuego del incendio, empujado por el fuerte viento, ha invadido las faldas. Parece un Vesubio en erupción, tanto más cuanto que tiene forma parecida, aunque no el tamaño. Es la montaña más alta del grupo *da Pedra Branca*, que se extiende por toda esta región al oriente del río.

Esperamos llegar mañana a Morrinho.

Martes, 17 de agosto.

Despertamos antes del alba. El viento norte es débil aún, pero siempre cobra vigor cuando el sol se levanta sobre el horizonte. Nuestra embarcación presenta un curioso aspecto con la carne suspendida de las



cuerdas y de los remos, y los cueros de jaguar que, con sus cabezas vacías y las temibles garras blancas, miramos zangolotearse en el palo de la vela del que van suspendidos.

El riacho costea el *paratodal*, que aquí sigue una línea de norte a sur. Hacia el sureste se diseñan desde ayer las colinas del Morrinho. Por entre las nubes gris violáceas que cubren el horizonte, sale el sol, enorme, rojo como el cinabrio, el *ichma* de los antiguos peruanos. Tal vez del sol naciente, del que los Incas eran hijos y al que querían imitar, tomaron gusto por este vivo color.

A nuestra izquierda se alza majestuoso el *Appacñi*, en medio de un contorno de colinas y montes más bajos.

A poco andar pasamos por frente a la *fazenda* de Cardozo, ahora abandonada por temor a la venganza de los Caduveos, porque aquél se puso contra ellos en la contienda que sostienen con Malheiros. Sus ganados abandonados pacen tranquilamente sin estorbo. El Nabileque forma aquí una laguna muy grande en la que jamás falta el agua. Sobre la orilla izquierda hay un bosquecillo de *genipas* que los Caduveos llaman *notticchigiádi*, la *noticche* = *genipa*. Poco después, en un recodo del río hacia el sureste, recibe por el oriente las aguas del *Niuitáca* (*Buzia* en caduveo), sobre las orillas del cual levántanse los ranchos de la mencionada *fazenda* de Cardozo.

Cerca de las 10 horas, pasamos por frente del antiguo Retiro, cuyo sendero se interna al Nabileque. Aquí hay también *para-todos*, que pinté a la acuarela cuando pasé el año 92 (ver fig. 17 en la pág. 49 de mi obra *I Caduvei*, Roma, 1895). Del rancho no queda sino el esqueleto. A pocos centenares de metros más abajo de la misma parte, se ha establecido ahora con una *fazenda* un tal Braga. Mujeres y niños de todos los colores nos ven llegar con muestras de estupor. Bajo un momento a tierra y tengo noticias de los ingleses que pasaron por aquí *sin novedad* en su navegación. Poco después de habernos separado de Braga, tenemos que luchar fatigosísimamente contra el viento, que se ha vuelto fuertísimo, en un inmenso recodo que el Nabileque hace hacia el oeste-noroeste. Perdimos tres largas horas en vencer el obstáculo, y por último, llegados al fin de este trabajo, el río vuelve decididamente al sur y seguimos deliciosamente a plena vela. Llegamos al lugar en que se levantaba la aldea de *Nauvilo* en el año 92, y que reproduje a la acuarela (ver fig. 8, pág. 31 de la obra citada). Nada queda ahora y el terreno está inundado; de las chozas no quedan más que unos pilares desmochados. Sin detenernos, continuamos hasta el pie del Morrinho adonde llegamos como a las tres de la tarde (*mayor*), mientras el tiempo amenaza lluvia.

Bajamos a tierra donde se levantaba la aldea de *Nauvilo*, también abandonada, pues esta fracción de la tribu huyó por la misma causa que Cardozo. *Nauvilo* fué quien le sirvió de guía a los soldados emisarios de



Malheiros que asaltaron y destruyeron, después de saquearla y en momentos en que casi todos los hombres estaban ausentes, la aldea de *Naliche*.

Mientras preparo las cosas para la noche y para la cena, un *caduveo* y un *Chamacoco* van a explorar las abandonadas plantaciones de los fugitivos y vuelven con una cantidad de frutos de papaya que harán nuestra delicia en los días de navegación que aún nos quedan.

El viento ha cambiado y sopla del sur. Si continuara así, mucho mejor, porque debemos salir hacia el norte por un corte que debe abreviarnos mucho camino.

Los fugitivos han dejado muy pocas cosas en sus cabañas. Encontré, sin embargo, en una guarda de vaso, uno de los más bellos y complicados dibujos geométricos que, por suerte, he podido interpretar y copiar, a pesar de hallarse en muy mal estado.

Alrededor de las chozas han crecido numerosas y estupendas plantas de algodón que ahora están en plena madurez y tienen numerosísimos y blancos copos de algodón muy hermoso.

Miércoles, 18 de agosto.

Ha llovido, hizo frío y sopló fuertísimo viento sur durante toda la noche. Por la mañana el cielo aparece nublado, pero parece estar por componerse, lo que sucederá si el viento dura. Partimos, por ser algo tarde. Descendimos por el *Nabileque* que, por causa de la creciente, me parece mucho más amplio que cuando lo ví la primera vez. El viento sur, más bien fuerte, nos es casi siempre contrario; y una sola vez, al principio, nos permite usar la vela. Después de siete vueltas en varios sentidos, tomamos a la derecha por una angosta rama que se dirige al sur-suroeste, y después de algunas vueltas nos vamos a través de una pradera inundada. El agua no es muy profunda, pero proseguimos sin demasiada dificultad, salvo en el último trecho en que para entrar en un canalito (*riacho Eddié*), debimos empujar a brazo la pesada canoa a través de un bajo fondo, y entrando después a las aguas profundas del canal las encontramos tan obstruídas de plantas acuáticas que empleamos más de una hora de indecible fatiga por cada metro de camino. Por suerte, el trecho es breve; y después de algunas horas de este penoso trabajo salimos a las aguas libres y profundas del río Paraguay, pudiendo decir que nuestras penas han terminado.

Desde este punto vemos el *Morrinho* al norte, 60° hacia el este. Avisamos las dos colinas más altas del *Fuerte Olimpo* casi inmediatamente después de partir por la mañana, pero ahora las hemos perdido de vista. El canal por el que hemos salido al Paraguay se llama *Eddié* en *caduveo*; y la punta que la orilla izquierda del gran río hace hacia el norte de



nuestro punto de salida, se llama *Naupiyáadi*. El viento es del sur, pero por desgracia muy débil y nos ayuda muy poco. Llueve, aunque no fuerte, durante breve tiempo. Es una molestia pero ¿qué importa en comparación de las ya pasadas? Tenemos por delante un buen trecho de camino; una docena de leguas por lo menos. Pero la vía es ancha y segura, y, ciertamente, no será agua lo que nos falte. Comienzo a pregustar el placer de reordenar las notas de esta excursión interesantísima y de descansar un poco. Por algunos días tendré el delicado trabajo de revelar las 34 placas fotográficas expuestas, pero será un trabajo algo más que agradable, bastante interesante, dada su importancia y el buen resultado que espero.

Mi mayor preocupación durante el viaje fué la de salvar las placas fotográficas y los vasos que reuní. Las primeras no deben haber sufrido nada; de los segundos, alguno ha sufrido avería de poca importancia y fácilmente reparable. Mal cocidos, como son, su fragilidad es grande. No corren peligro cuando se los puede embalar en cajones; pero debiendo acarrearlos desparramados por todas partes y entre el bagaje de una pequeña embarcación rellena como la mía, el problema se vuelve insoluble, tanto más, si se agrega el abandono y la indiferencia de mi chusma.

Jueves, 19 de agosto.

¡Larga jornada! Hacia las dos de la mañana, con luna clara y viento favorable, he tocado llamada. Hemos andado un poco a vela y algo más a remo hacia las 10 horas. Al bajar a tierra para preparar algo que almorzar, nos hallamos en un punto frecuentado por numerosos *carpinchos*. Maté uno muy pequeño. De golpe, cerca de la orilla en que estábamos acampados, surgieron del agua como almas en pena ocho o nueve *manatíes* bufando como caballos. Nuestra embarcación atraía de modo particular su curiosidad porque no podían vernos, escondidos como estábamos entre los arbustos. Mientras preparábame para matar uno (el buen Gestro habría brincado de contento) desaparecieron bajo el agua y fueron a mirarnos desde mucho más lejos, fuera de tiro. (Gestro deberá tener paciencia, antes de poseer el tan deseado esqueleto para el Museo Cívico de Etnografía de Génova).

De pronto, me pareció oír el lejano rumor de un vapor que se aproximaba. En un momento subimos a bordo preparados para pedir remolque... pero fué una falsa alarma y nos debimos contentar con la ayuda del viento. Nos cogió la noche después de haber hecho un par de kilómetros por un canal que debía ser un corte que nos economizase mucho camino. Como aún no teníamos luna, amarramos a un arbusto de la orilla para descansar un poco y esperar que el astro de la noche saliese a ilu-



minarnos, para poder seguir sin temor de perdersnos. El flanco de la canoa dió un poco fuerte contra la tierra, y las mal conexas tablas aflojéronse un poco más; el agua penetra en mayor abundancia, pero no tanto que sea imposible sacarla. Esta amenaza, sin embargo, me inquieta continuamente, porque un poco menos de atención bastaría para arriesgar la pérdida de todo el fruto de tantas fatigas. Por eso hay que renunciar a viajar de noche.

Viernes, 20 de agosto.

Despertamos a las tres de la mañana y partimos con viento airoso y bueno. Pero, a causa de la obscuridad, nos hemos metido en un *cul de sac* sin salida y debimos retroceder un buen trecho de camino; para salir al río, tuvimos que atravesar con gran trabajo un camalote con poquísimas agua. Por suerte, ya en aguas libres, hemos encontrado de nuevo viento propicio.

El frío ha sido intenso durante la noche, especialmente al alba.

Ya alto el día, bajamos un momento a tierra; y al subir a bordo ví una cantidad de pequeñísimos insectos que corrían velocísimos, en todo sentido, sobre la superficie del agua amontonándose en la quilla de la canoa. Pude coger como treinta; me parecen curiosísimos con esa colilla móvil que les sirve de timón en las innumerables y vertiginosas vueltas que describen locamente en el agua.

El viento propicio ha durado siempre; pero, por desgracia, no hemos podido aprovecharlo. El río describe en esta región una inmensa curva, volviendo al norte-noreste; de modo que, saliendo en el trecho que va de sur a norte con un largo en línea recta de casi diez kilómetros, ahora remontamos la corriente, que es muy fuerte, teniendo que luchar también contra el viento que se nos ha vuelto contrario. Por causa del viento y de la corriente, nos hemos visto obligados a sufrir hasta pasado mediodía; y por último, cuando alcanzamos el siguiente recodo, en el que hubiéramos podido aprovechar el viento, éste había cesado casi por completo y apenas bastaba para mantenernos firmes contra la corriente.

Muy pocos saben cuántas fatigas y sacrificios cuestan a veces estas exploraciones, aunque modestas en apariencia; los viajeros mismos, después de un tiempo, no quieren recordar si no la parte mejor de ellas. Tanto más para uno que, como yo, no dispone de medios suficientes, ni de gente adecuada, por lo que a menudo debo pensar en todo y hasta realizar personalmente lo que los sirvientes deberían hacer en mi lugar. Es necesaria una buena dosis de paciencia y voluntad para resistir y conducir a buen fin una empresa semejante; pero todo es nada cuando el resultado sale bueno. Por razones fáciles de comprender, preocupame también la cuestión comercial, pero me tendré por satisfecho con no te-



ner pérdidas. Lo que personalmente más me preocupa, es la parte geográfica; pues la solución de su problema, aunque en comparación con tantos otros no tiene si no importancia mínima, creo sin embargo que algo vale, y las observaciones hechas con este propósito son bastante interesantes. Luego, la etnográfica me ha interesado también y no me falta sino saber el resultado fotográfico para poder apreciar su éxito el que, si sale como lo espero y deseo, será uno de los más interesantes que jamás se hayan obtenido. Así podré completar y definir exactamente muchas observaciones hechas por mí durante el primer viaje que hice al *Nalicche* y por todos aquellos autores que se ocuparon de los Caduveos (Mbayá-Guaicurú). Tengo buenos documentos para agregar a mi trabajo *Guaicurú*, que espero poder terminar dentro de unos pocos días, apenas llegue a mi casa. Agregando las reproducciones de retratos de algunos individuos de la tan famosa tribu de los Mbayá, duplicará su valor. En fin, sin detenernos en otros resultados de menor importancia, la colección de reptiles, insectos y batracios, que ha salido más abundante de lo que me era dado esperar; a pesar del poco tiempo que pude dedicarle, será para mi amigo Gestro un buen anuncio y le demostrará una vez más mi buena voluntad para complacerlo.

He podido constatar que, en esta estación, son raros los días sin viento. Domina el viento norte el que no viene directamente de esa dirección sino de norte-norte-noreste, si es permitido expresarse así. El viento sur, que a su vez es de sur-sur-suroeste, es también frecuente. Generalmente, el viento norte sopla durante algunos días, aumentando de violencia poco a poco; cuando sopla fuertemente uno o dos días, se puede estar seguro que al día siguiente soplará viento sur acompañado de una temperatura fría que, a veces trae un poco de lluvia, aunque en mínima cantidad. Esto dura dos o tres días, unas veces más y otras menos; después vuelve a soplar el norte casi sin intervalo. Este viento ocasiona calor y buen tiempo. El del sur trae nubes y frío, pero como perdura y aumenta de fuerza, despeja el cielo y lo deja completamente sereno. El frío de las noches, particularmente en las horas que preceden al día, es intenso, relativamente para estos países y se deja sentir mucho; esto, por lo menos, me sucede a mí, pues no me agrada el frío. Pero, cuando hay sol, la temperatura con viento sur es deliciosa. El norte insistente, es como nuestro Siroco, acaba por atontar y deprimir.

Sábado, 21 de agosto.

Ayer tarde, calmado del todo el viento, bajamos a tierra en un palmar de la orilla izquierda que el agua del río, por unos cuantos centímetros, aún no había invadido. Era tal la humedad, que hasta la madera muerta



ardía apenas y tuvimos mucho que trabajar para mantener vivo el poco fuego que necesitábamos para preparar nuestros alimentos.

Ya noche alta maravillosamente estrellada, levantóse de nuevo el viento, y mucho antes del alba, con un hermoso claro de luna y un frío de perros, nos pusimos en viaje. Navegamos con fuerte viento en popa hasta el alba. Al nacer el sol, nos encontramos frente a Puerto Leda con tan poco viento, que debimos echar mano a las palas. Y así durante casi todo el día.

Ha hecho mucho calor y ni siquiera una nube vino a mitigar la ardencia o la fuerte luz del sol. Me duele la cabeza. Me pareció que hoy tampoco llegaríamos, lo que resulta bastante molesto.

Después del tramonto, durando todavía el crepúsculo, pasamos frente a la desembocadura del *Aléccan-Agiáccol*, cumpliendo así la vuelta redonda. Hice una abundante distribución de galleta a mi tripulación, con el compromiso de llegar a Puerto 14 de Mayo hoy mismo. Aceptada la propuesta, pusiéronse a vogar vigorosamente. La embarcación, ya bastante pesada cuando vacía, aún lo es más con tanta carga; pero vamos adelante, aunque lentamente.

Una o dos horas después se levanta un poco de viento fresco y nos ayudamos algo con la vela.

El viento aumenta después tanto, que podemos dejar los remos. Por último, favorecidos por la gallardía del viento providencial que precede al nacimiento de la luna — como lo he podido observar en las noches anteriores, nace y muere con la luna — cuando completamente roja como una llama enorme, aparece al este por encima de las nieblas que velan al horizonte; llegamos no sólo veloz y felizmente a puerto, sino que en un abrir y cerrar de ojos me encuentro en mi cuarto, sentado frente a mi mesa favorita, con un manojo de cartas y de diarios en la mano, olvidado de las pasadas fatigas.

Es tal la sed de noticias que, a pesar del cansancio, después de haber retirado todo de a bordo y pensado en mis compañeros de viaje, me entregué a la lectura de las cartas y hasta de los diarios. Y ahora, satisfecho también este deseo, no es sino con un suspiro de íntima satisfacción que pongo punto final a este relato, muy contento de haber salvado de los accidentes de semejante viaje las cosas más delicadas como las placas fotográficas, la máquina y la colección de vasos.

Por eso resulta merecido el descanso que, por unas horas y hasta el día — que ya anuncia el canto de los gallos — me voy a tomar bajo frazadas.



### Conclusión

Puerto 14 de Mayo, miércoles 25 de agosto.

Terminé ayer tarde la revelación de las placas fotográficas. El resultado fué cual no me atreví a esperarlo. Ninguna perdida: el 80 por ciento espléndidas, otras buenas, poquísimas medianas.

Por lo general han dado buen resultado las tomadas con *pose* rápida, o instantáneas al sol y con diafragma muy abierto. En casi todas las figuras resaltan bien las pinturas, salvo en aquellas de carnación oscura o en las que no eran del mismo día, por lo que habían tomado un tinte azulado, como sucede con el jugo del *genipa* cuando se debilita la mezcla de carbón.

Por un probable descuido mío o por falta de comodidad, he estropeado algunas placas. Las puse a secar en el caballete demasiado próximas las unas de las otras y dejando cerradas las ventanas por temor de que las ensuciara el polvo que levantaba el viento; les faltó el aire necesario para un rápido secamiento y la gelatina, por causa de la prolongada humedad, quedó completamente punteada. Aunque es un defecto gravísimo, y para mí doblemente sensible por el resultado espléndido que habrían dado si aquél no se hubiera producido, podrán servir sin embargo.

Y con esto cierro mi diario de viaje, muy satisfecho de los resultados obtenidos — tanto científicos como comerciales — pues los cueros dieron algo más de lo previsto — los que han correspondido plenamente a mis esperanzas.

### POSTSCRIPTUM

Puerto Casado, 4 de marzo 1898.

Hace algunos días, encontrándome casualmente con Malheiros en Fuerte Olimpo (16-17 febrero) discutiendo respecto de sus intenciones contra los Caduveos y de mi viaje al Nabileque, díjome que yo había estado en un tris de ser asesinado, siendo milagroso que hubiera escapado.

Esta mañana, de otra fuente, me aseguraron la misma cosa; y he sabido que Dormeville y su padre habían urdido un complot para quitarme de en medio, valiéndose de los Caduveos; porque conociendo los consejos que yo daba a los Caduveos para hacer la paz con Malheiros, enemigo poderoso que habríala consentido para arruinarlos cualquier día, la celebración de tal pacto habría quitado a Benavides la ayuda



mayor con la que contaba para continuar su vida de ladrón de ganados, valiéndose de la inexperiencia de los indígenas que, engañados por sus promesas y discursos e incitados por sus consejos perversos — después soportamos toda la carga de las culpas ajenas con el daño consiguiente — no saben preveer, ni apreciar, toda su extensión.

Ahora no queda lugar a dudas : el 13 de agosto, el famoso viernes, *Cisco Teréno* fué sin duda instigado secretamente por Dormeville, que había maquinado hacerme asesinar por uno de los Caduveos y poder lavarse después las manos y decir que los Caduveos me habían muerto por su propia cuenta, no obstante haberme él defendido, etc., etc. ¡Miserable! Por suerte, los Caduveos tuvieron más juicio que él y no cayeron en el lazo.

Con esto queda explicada la conducta equívoca de Dormeville en aquellos días y el misterioso viaje del padre. ¡Bandidos!

**Lista de las palabras caduveas (1) citadas por G. Boggiani  
en su diario de viaje**

Bosque de *genipas* : *notticchigiádi*.

Lo voy a comprar? Cómpralo tú! : *ařèmmáne*.

Coco : *nammocólli*.

Cuero : *lolládogo*.

Diente : *óe*.

Diente roto : *dinocolóe*.

Echar pedazos de madera : *yalládi uōřó*.

Es muy hermoso : *ènnrighí èllè'*.

Fórmula de salutación cortesa a personas de sexo masculino : *igniúdi-godit*.

Fórmula de salutación cortesa a personas de sexo femenino : *igniúigōdo*.

Fórmula impersonal : *igniúigo*.

Genipa : *notticche*.

Grande, grueso : *èllódo*.

Huso para hilar : *labónřa*.

Ídolo, muñeca : *ubeddóna*.

El ídolo, la muñeca : *nibeddóna*.

Es muy lindo : *ènnrighí èllè'*.

No es lindo : *a-ř-èllè'*.

Luz (del fuego) : *nolléd ièllřóttibighè*.

Luz (del sol) : *allígře ièllřóttibighè*.

(1) Estas palabras han sido transcritas según la ortografía italiana, con excepción de la letra *ř* cuyo sonido se asemeja al de la *r* francesa.



Llama del fuego : *nolléd-i-lřottoále*.

Madre : *iódo*.

Mañana : *nattínigo-i*.

Sus manos : *libaařátteđ*.

Mucho : *elliódo*.

Mujer : *iuállo*.

Su nombre de él : *libónřa*.

Su nombre de ella : *labónřa*.

Nombre propio masculino : *Natticáni*.

Nosotros todos : *idátta*.

Ovillo de algodón : *nibillócchi co<sub>u</sub>ttámo*.

Padre : *ióđit*.

Tu padre : *eadattáta*.

Tu padre (forma cariñosa) : *caddióđit*.

Pañuelo : *ni-léncio* (voz portuguesa).

Planta medicinal contra los dolores de estómago : *nicipottógo* o *niccípottógo*.

Roto, romper, hacer pedazos : *dinóc*.

Sufijo que marca el respeto, el saludo, la gracia : *igniudígōdo*.

Tranquilo : *nottócot*.

Venado : *otticániga*.

Voy a casa (habla de los hombres) : *eyico iřěladi*.

Voy a casa (habla de las mujeres) : *eyico iřèaládi*.

Yo voy, yo iré : *eyígo*.

Él va : *yirigótte*.